

## POPULARIZAÇÃO DO CONHECIMENTO

Recebido em 6 de fevereiro de 2021

Aprovado em 19 de maio de 2021

# Nociones sobre Paleografía, esa ciencia autónoma que estudia la escritura... escrita no sólo sobre materia blanda

DOI: <https://doi.org/10.24206/lh.v7i3.52470>

*Leonor Zozaya-Montes*

Profesora Contratada Doctora, en el área de Paleografía y ciencias afines, del Instituto de Análisis Textuales (IATEXT), de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria (ULPGC, España). Miembro integrado del Centro de História da Sociedade e da Cultura (CHSC) de la Universidade de Coimbra (Portugal). Investigadora principal del proyecto «Archivos, documentos y memoria de la Época Medieval a la Contemporánea. Desde la generación, transmisión y conservación de textos hasta la difusión de la información», N° Ref. ULPGCP2018-20 (Programa de Ayudas a la Investigación de la ULPGC, Convocatoria 2018).

E-mail: [leonor.zozaya@ulpgc.es](mailto:leonor.zozaya@ulpgc.es)

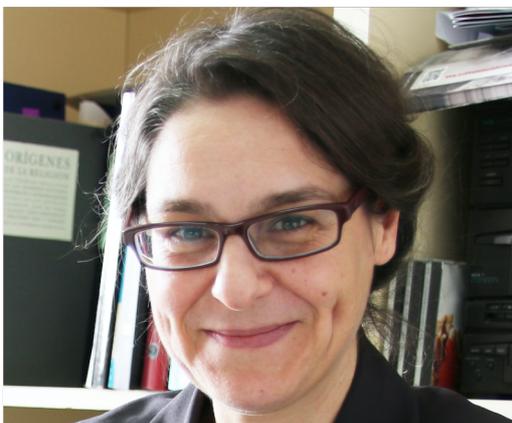
ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-6256-1888>

## RESUMO

El presente artículo explica algunas nociones sobre paleografía, que es la ciencia que estudia la escritura antigua. Comienza pincelando el significado esencial de la escritura en la historia. Procede después a perfilar en qué consiste la parte del trabajo que lleva a cabo quien se dedica a la paleografía. Dicha disciplina, en general, es principalmente demandada por su especialidad más famosa, la cual suele verse reducida a su faceta más simple: leer manuscritos cuyo sistema gráfico ha caído en desuso, y aplicar unas normas para transcribirlos. Ambos, lectura y transcripción, son unos pasos elementales que se enseñan mediante la denominada paleografía de lectura, o práctica. Sin embargo, la paleografía es mucho más que eso, y sus posibilidades pueden llegar mucho más lejos de lo que vulgarmente suele pensarse, si se analiza el hecho escrito desde un punto de vista científico. Su complejidad e importancia son enormes, según defienden estas páginas, que también intentan desterrar la leyenda de que la paleografía sea una disciplina auxiliar. Además, se aclaran conceptos tales como que la paleografía estudia la escritura de cualquier antigüedad sobre cualquier soporte, y no sólo los textos sobre materias blandas.

**Palavras clave:** Paleografía. Divulgación. Docencia. Transferencia. Difusión de la investigación.

## 1. Introducción: de la historia de la escritura a la paleografía



Aunque la palabra paleografía suele remitir sólo a ciertos aspectos de la historia de la escritura, antes de entrar en esos detalles, conviene recordar algunos datos genéricos respecto a la importancia de escribir como una facultad exclusiva del ser humano<sup>1</sup>. La invención de la escritura ha sido uno de los hechos más relevantes para la humanidad, cuyo valor fue más importante que el descubrimiento del fuego o la rueda<sup>2</sup>. La escritura se creó hace miles de años<sup>3</sup>, de

forma posterior al habla. Ambas, habla y escritura, son sistemas esenciales en la comunicación humana, aunque el habla sea más universal y aunque, antes de inventarse la escritura<sup>4</sup>, fuese el medio tradicional de transmitir las ideas<sup>5</sup>. Dado que la cultura es acumulativa, la escritura ofrece la gran ventaja de que mantiene la información por escrito, para que así se pueda transmitir durante siglos a infinidad de generaciones de diferentes lugares, aunque sus autores hayan fallecido hace milenios.

La invención de la escritura es un hecho tan relevante que tradicionalmente marca el origen de la Historia; es decir, desde que existe la escritura existe la historia (por ende, los hechos anteriores a la escritura son prehistóricos). Entonces, es obvio afirmar que la historia de la escritura es esencial en la historia. En parte, porque esta se elabora con fuentes primarias y secundarias, cuyos datos hay que citar para plantear nuevos análisis e hipótesis, con el fin de obtener conclusiones desde el punto de vista más objetivo posible, dentro de lo difícil que esto resulta. Huelga explicar que desde hace mucho tiempo se

<sup>1</sup> Luis NÚÑEZ CONTRERAS, *Manual de paleografía. Fundamentos e Historia de la escritura latina hasta el siglo VIII*, Madrid, Cátedra, 1994, p. 21.

<sup>2</sup> Según David DIRINGER: *Writing, ancient peoples and places*, Londres, Thames & Hudson, 1962, p. 19, citado por Wayne M. SENNER: «Teorías y mitos sobre el origen de la escritura: panorama histórico», en Wayne M. SENNER (comp.): *Los orígenes de la escritura*, México, Siglo XXI, 1992, p. 11; todo en las pp. 11-33. Dentro de ese avance, algunos autores marcan matices, como Gelb, para quien el paso revolucionario realmente se dio con la fonetización de la escritura, Ignace GELB: *Historia de la escritura*, Madrid, Alianza Universidad, 1976, p. 32.

<sup>3</sup> La teoría más aceptada es que el primer sistema de escritura documentado por la arqueología es la escritura cuneiforme, que nació hacia el año 3.200 antes de nuestra era, según, entre otros, Irving FINKEL y Jonathan TAYLOR: *Cuneiform*, The British Museum, Londres, 2018, p. 7.

<sup>4</sup> Eso sin mencionar los precedentes de la escritura ni la protoescritura, por ejemplo, de los que tratan autores como I. GELB: *Historia de la escritura...*, op. cit., pp. 47-89.

<sup>5</sup> La escritura también se complementa con otros elementos comunicativos, como el gesto, pero no son cuestiones para tratar ahora. Al respecto, véase Louis-Jean CALVET: *Historia de la escritura. De Mesopotamia a nuestros días*, Barcelona, Paidós, 2020, pp. 19-25 y 29-42.

acepta que la historia es una ciencia que forma parte de las ciencias humanas (debido, en resumen, a su método de investigación científico); es decir, no sólo son ciencias las puras o experimentales<sup>6</sup>.

Para estudiar la historia de la escritura hay diversas perspectivas y especialidades científicas. Por ejemplo, existe un enfoque muy genérico que analiza la propia historia de la escritura referida a su presencia en el mundo desde sus orígenes, ya sea de forma general<sup>7</sup>, ya sea de forma puntual, como la de quien estudia sólo un tipo de escritura. Ese es el caso de los asiriólogos, con el cuneiforme, o los egiptólogos, con los jeroglíficos (entre otros temas que analizan de esas culturas respectivas)<sup>8</sup>.

Otra perspectiva para estudiar la historia de la escritura es la que aquí interesa, la procedente de la paleografía. Esta disciplina investiga las fuentes históricas escritas, especialmente manuscritas, como es el documento mostrado en la *figura 1*. Son fuentes utilizadas, además de por la paleografía, por otras especialidades con las que a su vez se relaciona, que usan diferentes enfoques y metodologías particulares. A ese conjunto de disciplinas se les denomina Ciencias y Técnicas Historiográficas. Entre ellas, destacan la diplomática, que, en resumidas cuentas, estudia los diplomas o documentos; la papirología, los documentos de papiro; la codicología, los códices; la sigilografía, los sellos; la archivística, los archivos; la cronología, los cómputos cronológicos; y la epigrafía, las inscripciones<sup>9</sup>.

---

<sup>6</sup> Aunque este párrafo sea de mi cosecha, y no la haya utilizado ahora para redactarlo, entre otras obras sobre la historia como ciencia remito a la obra de Elena HERNÁNDEZ SANDOICA: **Los caminos de la Historia**. Cuestiones de historiografía y método, Madrid, Síntesis, 1995. Adelanto que la paleografía también se ve como ciencia no sólo en España, sino también en otros países. Al respecto, véase María José AZEVEDO SANTOS: «Uma ciência em Portugal e na Europa: a Paleografia (séculos XIX-XX)», *Theologica*, 2ª série, 28/2 (1993), pp. 549-568.

<sup>7</sup> Al respecto véanse, por ejemplo, las obras ya citadas de I. GELB: **Historia de la escritura...**, op. cit., L.-J. CALVET: **Historia de la escritura...**, op. cit. o la de Ignace GAUR: **Historia de la escritura**, Fundación Germán Sánchez Ruipérez-Eds. Pirámide, Madrid, 1990. Estas son traducciones, pero antaño también se dio en español el género que estudió con afán divulgativo la historia de la escritura, representado por ejemplo con las obras –ya muy anticuadas en diversos conceptos propios de otro tiempo, como denostar a las sociedades ágrafas, pero digna de mención a modo de testimonio– de Alfredo RELAÑO: **Babel**. Las lenguas del mundo, Buenos Aires, Eds. Morata, 1946. También, la de Emilio y Alfredo RELAÑO: **Historia gráfica de la escritura**, Madrid, Talleres Gráficos Montaña, 1949. Además de esta digresión, en cuestiones de historia de la escritura procede citar la obra de Elisa RUIZ: **Hacia una semiología de la escritura**, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1992.

<sup>8</sup> Ejemplos de diversos estudios constan en W. M. SENNER (comp.): **Los orígenes de la escritura...**, op. cit. Los citados suelen darse de ejemplos de los primeros sistemas de escritura (en el caso chino, de escritura antigua viva), pero no eran alfabéticos. Hay consenso en aceptar que el nacimiento de la escritura tuvo varios focos (como la escritura de Sumer o la China), mientras que la escritura alfabética –esta, de uso minoritario en el mundo– tuvo un solo foco de invención, aunque sus orígenes sean poco nítidos, según explica, por ejemplo, I. GELB: **Historia de la escritura...**, op. cit. Acercarnos más a su pasado sería algo inabarcable ahora. Baste ahora decir que la paleografía en Europa suele estudiar el pasado de las escrituras alfabéticas derivadas del latín.

<sup>9</sup> Para procurar información general breve sobre cada una de las disciplinas citadas, remito a Ángel RIESCO TERRERO (colabs.: José María de FRANCISCO OLMOS y Manuel BARRERO Y AZEDO): **Vocabulario científico técnico de paleografía, diplomática y ciencias afines**, Madrid, Ed. Barrero y Azedo, 2003.

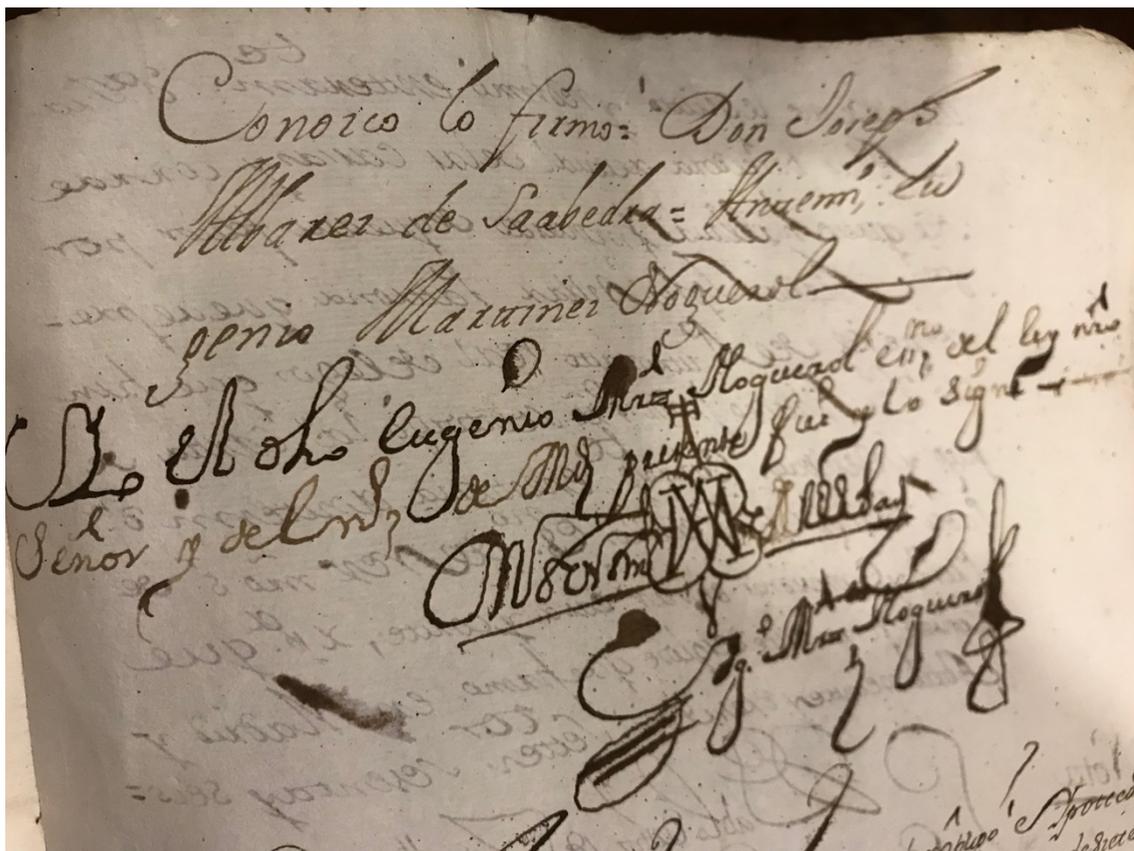


Figura 1: Imagen de detalle de un manuscrito. Protocolo Zozaya (colección particular de la autora, quien ha tomado la fotografía).

Pero, ¿qué es la Paleografía? Aún a riesgo de reiterar ideas<sup>10</sup>, comentaré qué significa, aunque sea de modo general (luego iré matizando y desgranando diversos conceptos). En esencia, se puede definir como la disciplina que estudia la escritura antigua. Así lo indica su propio nombre, que deriva de la suma de las palabras griegas *paleo-* (de *παλαιός*, *palaíos*), que es antiguo, y *-grafía* (de *γραφειν*, *grafein*) escribir, lo cual, más el sufijo *-ía* añade la idea de arte, doctrina o disciplina<sup>11</sup>, a lo que cabe apostillar que hoy se considera que es una ciencia autónoma. Por cierto, la explicación sobre la raíz etimológica suele reflejar leves variantes, en función de la obra que la mencione<sup>12</sup>. De cualquier modo,

<sup>10</sup> Otro ejemplo consta en el siguiente blog, Leonor ZOZAYA-MONTES: «Paleografía», en *Paleografía y ciencias afines*, 2012-2020 [documento digital], <https://paleografia.hypotheses.org/paleografia>, consultado el 03/07/2021.

<sup>11</sup> Agustín MILLARES CARLÓ y José Ignacio MANTECÓN: *Álbum de paleografía hispanoamericana de los siglos XVI y XVII*. Introducción y transcripciones, Barcelona, Eds. El Albir, 1975 (reimpresión de la ed. de 1955), p. 3. La misma definición consta en Agustín MILLARES CARLÓ, más la colab. de José Manuel RUIZ ASENCIO: *Tratado de paleografía española*, vol. 1 (3ª ed.), Madrid, Espasa-Calpe, 1983, p. 1.

<sup>12</sup> Por ejemplo, según Muñoz y Rivero, venía de *palaia-* (*παλαια*), que es antigua, y *-grafe* (*γραφη*), que es grafía o escritura, más la desinencia *-ía*, que suma la idea de arte, doctrina o disciplina dedicada a estudiarla. Jesús MUÑOZ Y RIVERO: *Manual de paleografía diplomática española de los siglos XII al XVII*. Método teórico-práctico para aprender a leer los documentos españoles de los siglos XII al XVII, Madrid, Imprenta de Moreno y Rojas, 1880, p. 1. Repite lo mismo en la edición posterior, de igual título, publicada en Madrid, Ed. Daniel Jorro, 1917, p. 4. Por su parte,

la paleografía suele atender a la letra manuscrita cuyo sistema gráfico ha caído en desuso. Respecto a su denominación, la propia palabra fue un neologismo del siglo XVIII, cuando Bernardi de Montfaucon publicó la obra *Paleographia Graeca*<sup>13</sup>, cuyo título anunciaba la nueva acuñación del término.

## 2. Cómo explicar a la sociedad una parte de la labor desempeñada en paleografía

Dar a conocer qué hace una persona dedicada a la paleografía en la universidad es una labor que generalmente olvidamos quienes impartimos allí docencia y a la par investigamos. Además, en muchas ocasiones, esa difusión está mal vista por quienes desde las altas instancias juzgan nuestros currículos docentes, pues han tendido a infravalorarla. De ese modo que, de forma natural, numerosos expertos tendemos a encerrarnos en una torre de marfil, en vez de compartir el resultado de nuestro trabajo, e intentar que la sociedad lo entienda.

Hoy día, esa visión obsoleta y peyorativa de la divulgación científica está cambiando, gracias, en parte, a la irrupción mundial de las Nuevas Tecnologías de la Información y la Comunicación (NTIC). Cada vez aumenta más la necesidad de difundir entre el gran público las tareas que desempeñamos, y de transferir lo que hacemos a la sociedad, pues con sus impuestos se financia la investigación pública. En ese sentido, aquí explicaré, de forma sencilla, algunas labores que se desempeñan al practicar una faceta de la paleografía, o para qué sirve y en qué consiste (dejando de lado ciertas tareas docentes ya descritas en otros estudios<sup>14</sup>). Para ello, contaré la diferencia entre leer un manuscrito antiguo y transcribirlo. Ambas acciones, por cierto, no deben limitar el horizonte de la

---

ofrece casi los mismos datos, pero incluyendo tilde en la letra griega eta final, γραφή, el autor Luis NÚÑEZ CONTRERAS, *Manual de paleografía...*, o. cit., p. 17.

<sup>13</sup> Bernardi de MONTFAUCON: *Paleographia Graeca, sive de Ortu et Progressu Literarum Graecarum, et De variis ómnium saeculorum Scriptionis Graecae generibus: itemque de Abbreviationibus et de Notis variarum Artium ac Disciplinarum*, París, [imprensa de:] Ludovicum Guerin, Joannis Boudot y Carolum Robustel, 1708. Consta una versión digitalizada en <https://babel.hathitrust.org/cgi/pt?id=ucm.5327126999&view=1up&seq=12>.

<sup>14</sup> Respecto a algunos pasos para enseñar paleografía en clases grupales en la universidad, véase LEONOR ZOZAYA-MONTES: «La enseñanza de paleografía: de las antiguas a las nuevas tecnologías y técnicas de estudio», en Andrea FELIPE MORALES ET ALII (coords.): *Docencia para el siglo XXI: Avances metodológicos y nuevas estrategias*, Barcelona, Tirant lo Blanch, 2021, pp. 487-501. Para leer una versión divulgativa, remito a LEONOR ZOZAYA-MONTES: «La docencia de paleografía antes y después del coronavirus, o cuál es mi método para enseñar dicha materia en mi universidad», *Paleografía y ciencias afines* [blog], Madrid-LPGC, hypotheses, 26/06/2020, <<https://paleografia.hypotheses.org/4155>>, y LEONOR ZOZAYA-MONTES: «Teaching Palaeography Before and After Coronavirus», *Teaching the Codex* [blog], Oxford, 7/07/2020, <<https://teachingthecodex.com/2020/07/02/teaching-palaeography-before-and-after-coronavirus/>>.

ciencia autónoma que puede llegar a ser la paleografía, lo que dependerá de que sea científico el método de estudio y el análisis que se use para tratarla.

## 2.1 Algunas utilidades de saber leer manuscritos antiguos

La historia es algo vivo que se somete a un proceso constante de revisión. La historia se halla en estado prístino en los documentos de los archivos históricos, ya sean estos reales o virtuales. Sin embargo, en caso de que sus testimonios no se lean (por desconocimiento u otras causas) se verán mermadas sus posibilidades, así que servirán de poco. Si alguien aprende a leer correctamente documentos antiguos, podrá ayudar a rescatar del olvido la historia, y con ella, por supuesto, la de la escritura, que desafortunadamente suele pasar un tanto inadvertida entre los caminos más tradicionales del historiar<sup>15</sup>.

Hay infinidad de archivos históricos escritos en lenguas hispánicas que custodian kilómetros de documentos<sup>16</sup>. De ellos, la inmensa mayoría permanece inédita, y gran parte aún ni siquiera ha sido vuelta a leer desde el momento en que se redactó, incluso hace cientos de años. Eso significa que los manuscritos siempre pueden aportar datos a la historia, sobre todo, porque ésta está en constante creación, debido, precisamente, a las nuevas lecturas y relecturas de fuentes, y a su revisión mediante enfoques innovadores. A esos manuscritos custodiados en instituciones públicas cabe añadir tanto los no archivados como los que permanecen en colecciones particulares, que también alumbrarán rica información sobre el pasado, siempre que sean correctamente interpretados.

A lo importante que es leer los documentos inéditos se suma el hecho de que el interés en entender documentación primaria es cada vez mayor en el mundo. Téngase en cuenta que, en los últimos años, numerosos países han aportado una gran inversión de tiempo y dinero para digitalizar y describir sus fondos archivísticos históricos. La gran mayoría intenta que sean accesibles gratuitamente en línea, como el caso de PARES o de la Biblioteca Digital Hispánica de la Biblioteca Nacional de España (BNE), por citar sólo un par de casos en nuestra lengua común, pero los ejemplos

---

<sup>15</sup> Con esto quiero recalcar el hecho de que hoy día aún hay docentes, investigadores y estudiantes que tienen un concepto anticuado de la historia, como si sólo fuese importante estudiar los grandes hechos bélicos, la historia puntual de los grandes hombres, la trayectoria de la realeza... y esas historias son importantes, pero el resto de la historia también, sobre todo aquella que representa a la sociedad y su cultura, entendida esta en sentido amplio.

<sup>16</sup> Remito al Censo-Guía de Archivos de España e Iberoamérica, Gobierno de España, Ministerio de Cultura y deporte - Memoria Histórica, disponible en <<http://censoarchivos.mcu.es/CensoGuia/portada.htm>>.

internacionales son ingentes<sup>17</sup>. Por ello, prestigiosas instituciones han dedicado y dedican infinidad de medios para enseñar gratuitamente, mediante lecciones interactivas, a leer letra antigua manuscrita<sup>18</sup>.

Aunque muchas personas que quieren entender un manuscrito buscan información sencilla de obtener, leyéndolo, podrían extraer mucha más, observándolo en conjunto. Me explicaré, ayudándome para ello de dos interrogantes. Miren la figura 1, ¿qué es? un documento, responderán, un manuscrito antiguo. Y, ¿qué información ofrece, o qué se puede estudiar sobre él? Los datos históricos o filológicos que contiene, será una contestación común. Pero las respuestas serían infinitas, al pensar, por ejemplo, en que la forma de escribir y transmitir información ha sido diferente a lo largo de la historia, aunque siga unos patrones comunes. Esto podría constatarse mirando tanto la letra como imaginando el material usado para trazarla. Así, algunas respuestas más sobre qué información ofrece la figura 1, o qué puede estudiarse sobre ella, serían los materiales y útiles con que fue escrito, como la tinta (elaboración, composición...); el soporte escriturario (el papel en este caso y su composición, o sus filigranas); la propia escritura y sus influencias gráficas, sobre todo si es de transición (atendiendo a sus elementos constitutivos, por ejemplo, su ductus, morfología, etc., nexos y abreviaturas, el tipo de letra o el ciclo gráfico en que se inserta); la notaría o escribanía donde se elaboró y las circunstancias en que se elaboró, etc. Estas serían sólo algunas respuestas que al instante apuntaría alguien como yo, quien, bajo la influencia de especialidades como la diplomática o la codicología, indagaría sobre el manuscrito en conjunto, y no sólo sobre su información textual. Todo ello, mirando por encima, sin observar el documento desde un punto de vista multidisciplinar, como el químico o el de la restauración (por ejemplo, atendiendo a los ingredientes de la tinta y el papel), ni aplicar métodos de análisis de humanidades digitales como los RTI (Reflectance Transforming Imaging)<sup>19</sup>.

<sup>17</sup> Baste citar PARES, que es el acrónimo del Portal de Archivos Españoles en red, en <https://pares.culturaydeporte.gob.es/inicio.html>, o de la citada Biblioteca Digital Hispánica, en <http://bdh.bne.es>. Una compilación con esos y otros enlaces se recoge en Leonor ZOZAYA-MONTES: «Free online sources/ Recursos digitalizados», en *Paleografía y ciencias afines* [blog], op. cit., <<https://bit.ly/3KtnkS3>>. Puede compararse el aumento de enlaces, que hace años era menor, en el estudio de Leonor ZOZAYA-MONTES: «El desarrollo de competencias en Historia y Ciencias y Técnicas historiográficas a través de un espacio virtual en internet», *Relada*, Revista electrónica de ADA-Madrid, vol. 3, núm. 3 (2009), pp. 240-248, disponible en <<http://polired.upm.es/index.php/relada/article/view/83/83>>. Consta un análisis posterior sobre tales recursos y sus posibilidades, en Leonor ZOZAYA-MONTES: «NTIC e innovación docente: juegos en soporte digital para complementar el aprendizaje de paleografía», *Revista de Humanidades Digitales*, 1 (2017), pp. 155 y 157-159; todo en las pp. 150-180; consta en <<http://revistas.uned.es/index.php/RHD/article/view/17072/16563>>).

<sup>18</sup> Según se recoge en Leonor ZOZAYA-MONTES: «Cursos online de paleografía: herencias, limitaciones, logros y propuestas», *El profesional de la información*, vol. 23, núm. 5 (2014), pp. 475-484, <<http://profesionaldelainformacion.com/contenidos/2014/sept/04.pdf>>. Según señala, de los cursos hispanoparlantes destaca con luz propia el Spanish Paleography. Digital teaching and learning tool, CUNY Dominican Institute, disponible en <<http://spanishpaleographytool.org/>>.

<sup>19</sup> Sobre el sistema RTI, remito al vídeo que muestra cómo el RTI puede ser usado para revelar información oculta, realizado por The Bancroft Library, titulado **RTI example: illuminated manuscript**, Berkley, California, 2011, disponible en <[https://vimeo.com/30213656?embedded=true&source=video\\_title&owner=4028782](https://vimeo.com/30213656?embedded=true&source=video_title&owner=4028782)>.

## 2.2 De leer un manuscrito a transcribirlo, dos tareas diferentes y complementarias

La labor de aprender a leer un manuscrito antiguo tiene cierto poder de atracción sobre el gran público, que fácilmente se sorprenderá por la originalidad de las formas de las letras. También podrá atraparle –o desesperarle– el misterio que despierta a quien no logra leer más que alguna palabra suelta, que sabe que está escrita en su misma lengua, pero con trazos incomprensibles, incluso cuando parecen caligráficos y domina en ellos la simetría y regularidad, como sucede con la denominada letra cortesana.

En cualquier caso, aprender paleografía al modo de la destreza consistente en leer esos documentos antiguos es algo requerido por un público relativamente numeroso. Esto se debe, entre otras causas, a que muchas personas estudiosas investigan por diversos motivos, ya sean profesionales, tal como hacen quienes se dedican a la historia y la filología, o ya sea por curiosidad y afición, porque ha llegado un documento original a sus manos que quieren interpretar. Entonces, la lectura puede ser muy emocionante, porque un original es muy rico en información (más que un facsímil o fotocopia), dado su olor a antiguo, su color, su textura particular al tacto o su sonido al manipularlo, lo que a veces despierta experiencias sensoriales insospechadas<sup>20</sup>.

El acto de leer un manuscrito suele confundirse con transcribir, o, por extensión, con la paleografía, como si fuese lo mismo, trocando la parte por el todo. Eso es un error, porque leer o transcribir son sólo dos facetas de la paleografía, ciencia que es algo más complejo que esos actos. También se confunde leer y transcribir con descifrar. Me explicaré por partes. En puridad, el primer paso de entender la letra de un manuscrito antiguo se debería denominar así, leer. En cambio, se descifra la letra que está cifrada o criptografiada (para lo que existe la criptografía<sup>21</sup>), así como el idioma que se dejó de usar y debido a un corte temporal cayó por completo en el olvido, por lo que es preciso descifrar su sistema escriturario. Eso suele conseguirse tras años de esfuerzo intenso, como sucedió con

---

<sup>20</sup> Se exploran algunas de estas ideas en Leonor ZOZAYA-MONTES: «Paleografía experimental en un laboratorio de paleografía. Propuesta de innovación docente», en Manuel Jesús CARDOSO PULIDO, Juan Ramón GUIJARRO OJEDA y Eugenio MAQUEDA CUENCA: *Reinventando la docencia en el siglo XXI*, en prensa, Barcelona, Tirant lo Blanch, pp. 475-487.

<sup>21</sup> Respecto a esta disciplina, véase la obra de Juan Carlos GALENDE DÍAZ: *Historia de la escritura cifrada*, Madrid, Editorial Complutense, 1995.

el cuneiforme o los jeroglíficos, cuyos avatares de desciframiento fueron fascinantes<sup>22</sup>. En resumen, son cosas distintas leer y descifrar. Pasemos a explicar algunas diferencias entre leer y transcribir.

Una de las tareas ordinarias por las que conoce a la paleografía es la simple faceta de leer manuscritos, sin pensar que además se deberían transcribir. Lo explicaré para legos en la materia. Por ejemplo, imaginemos el caso de que alguien está en un antiguo archivo y consulta un documento similar al de la *figura 1*, y es capaz de entender la letra, y quiere saber qué dice, y anotarlo. Entonces, en un papel o en su ordenador copiará el mensaje del antiguo manuscrito, ante lo cual, si sabe observar, se planteará multitud de dudas sobre cómo lo copia: ¿imitando letras y signos?; ¿ha de escribir un símbolo de igual, =, cuando consta así en el manuscrito, como los de las líneas 1 y 2? No, no debiera, porque eso sería transliterar, o reproducir literalmente esos signos<sup>23</sup>. En otro orden de cuestiones, si ve errores gramaticales ¿los mantiene o los corrige?; y las firmas, ¿las dibuja? Si hay una palabra abreviada, como en la tercera palabra de la línea 4, ¿la copia tal cual (dho), o la desarrolla simplemente (dicho), o indicando lo abreviado (dicho)? Para resumir y ofrecer un caso sencillo, imagínese que lee la línea 4. La transliteración sería esta: “Yo El dho eugenio Mrz Nogueroles.<sup>no</sup> del Rey nrô”. Después, habría varias formas para transcribir; una sería esta: “<sup>r</sup>Yo, el dicho Eugenio Martínez Nogueroles, escribano del rey, nuestro [...]”.

Transcribir es, en esencia, esto último: convertir los signos gráficos antiguos de un texto a los caracteres actuales, desarrollando las abreviaturas (señalándolas; aquí, en cursivas) y actualizando lo mínimo necesario para lograr hacerlo comprensible, pero a la par respetando en lo posible el original, buscando un equilibrio que corrija lo mínimo al escribiente. Gracias a una transcripción correcta, quien la lea debería lograr entender qué decía un texto original aún sin tenerlo delante de sus ojos, y discernir qué aporta la persona autora de la transcripción, o qué criterio sigue.

Para facilitar estas labores, desde hace cuantiosos años existen diversas normas de transcripción paleográfica, a las que acudiríamos. Tales normas responden a cuantiosas dudas, a la par que resumen y resuelven muchos de los problemas que plantea transcribir un texto. Aunque no existen unas aceptadas unánimemente, y por citar una de las pautas más respetadas, destacaré las de Comisión Internacional de Diplomática, publicadas en España el año 1984<sup>24</sup>. En ellas pretendían conciliar el respeto a las grafías originales del texto con algunas modificaciones para intentar que a la vez fuese

<sup>22</sup> Al respecto, véase, entre otros, a Elena TORRES TORRES: «El desciframiento de la escritura cuneiforme: un hito que culminó hace 150 años», *Isimu*, 10 (2007), pp. 77-97, y respecto al otro sistema escriturario, Josep PADRO: «Jean-François Champollion y el nacimiento de la egiptología», *Aegyptiaca Complutensia*, 1 (1991), pp. 9-15.

<sup>23</sup> Ángel RIESCO TERRERO: «Normas de transcripción paleográfica», en Ángel RIESCO TERRERO (ed.): *Introducción a la paleografía y la diplomática general*, Madrid, Ed. Síntesis, 2004, pp. 326-327.

<sup>24</sup> COMMISSION INTERNATIONALE DE DIPLOMATIQUE (CID): *Folia caesaraugustana. Diplomata et sigillographica*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico - CSIC, 1984, especialmente, p. 42, y especialmente aquí conviene citar las pp. 37-53.

accesible al lector<sup>25</sup>. Ese compendio fue elaborado por un conjunto de personas expertas en historia y filología<sup>26</sup>, que, como fruto de su reflexión intelectual, reunió infinidad de conocimientos, aprendidos sobre la base de su experiencia, tras leer posiblemente miles de documentos y cotejar esos datos con las investigaciones sobre la historia de la escritura. De esa forma, intentaron hacer algo aparentemente tan sencillo como unificar la forma de transcribir, utilizando un mismo código para toda la comunidad internacional.

Con el mero fin de que quien lea esto pero desconozca unas normas de transcripción tenga una noción de qué son, además de remitir al artículo de López Villalba si se desea tener una visión general al respecto<sup>27</sup>, expondré brevemente las que yo uso, fruto en esencia de la adaptación de las normas de la CID con variantes<sup>28</sup>, en las que sigo un criterio sencillo, coherente y uniforme<sup>29</sup>. Primero, hay que intentar respetar al máximo el original, pero dentro de un margen, pues habrá que lograr compaginar esto con el siguiente paso. Segundo, se actualizarán mínimamente los caracteres del original, para que sea comprensible, en la puntuación, acentuación<sup>30</sup>, mayúsculas, minúsculas y separación de palabras, y en caso de que la transcripción no sea purista, se actualizarán algunas letras<sup>31</sup>. Tercero, se desarrollarán

---

<sup>25</sup> CID: *Folia caesaraugustana...*, op. cit, pp. 16 y 42. Por cierto, en 1995, se fundó la Asociación de Paleografía Internacional, Cultura, Escritura, Sociedad (APICES), según consta en su propia página, <<http://www.palaeographia.org/>>. Surgió de mano del Comité Internacional de Paleografía Latina (CIPL), <<http://www.palaeographia.org/>>. En España existe desde hace algunos años la Sociedad Española de Ciencias y Técnicas Historiográficas, <<http://cartulario.es/>>. Todas están compuestas por diversos docentes e investigadores, y entre ellos hay catedráticas y catedráticos reputados, anotación que conviene recordar para quienes, desde sus cátedras, rechacen la paleografía como ciencia. Al margen de estas sociedades, también hay grandes figuras de renombre internacional que engrandecen la paleografía, por lo que la producción científica no se circunscribe sólo a quienes forman parte de esas entidades.

<sup>26</sup> Véase Robert-Henri BAUTHIER: «Introduction», en CID: *Folia caesaraugustana...*, op. cit, donde dicho autor agradece a Ángel Canellas, director entonces de la Institución Fernando el Católico, el impulso que dio para lograr que se publicaran en Zaragoza, p. 17; todo en las pp. 15-17.

<sup>27</sup> Sobre las normas de transcripción, remito al artículo de José Miguel LÓPEZ VILLALBA: «Normas españolas para la transcripción y edición de colecciones diplomáticas», *Espacio, tiempo y forma*. Serie III, Historia medieval, 11 (1998), pp. 285-306.

<sup>28</sup> Estas normas me parecen muy útiles por ser muy sencillas. Esencialmente son las que apliqué, salvo la diferencia de que no usé cursivas para desarrollar las abreviaturas, por que el carácter de la edición lo requería, más alguna otra diferencia mínima, en Leonor ZOZAYA-MONTES: *De papeles, escribanías y archivos: escribanos del concejo de Madrid (1557-1610)*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), 2011, p. 25. Tal como acabo de hacer, la norma que se siga debería citarse, o explicarse, en caso de que no siga una pauta anteriormente publicada.

<sup>29</sup> Se deberá seguir mismo criterio en un mismo un texto, aunque podrá variar en textos diferentes, según su naturaleza o el público y el medio al que vaya dirigido.

<sup>30</sup> Respecto a la acentuación, aunque no hay unanimidad sobre este campo, la recomiendo, por la razón de facilitar la comprensión del texto que explica el catedrático de paleografía Ruiz Asencio, pues de otro modo algunos fragmentos pueden ser ininteligibles hasta para un lector de nivel cultural alto. Véase José Manuel Ruiz Asencio: «Propuesta de elaboración de unas normas de transcripción de textos castellanos medievales», en Beatriz Díez Calleja (ed.): *El primitivo romance hispánico*, Burgos, Fundación Instituto Castellano y Leonés de la Lengua, 2008, p. 143, todo en las pp. 137-143.

<sup>31</sup> Se actualizarán en general como el uso vocálico y consonántico de la u y la uve, las diferentes íes, la ese y la zeta actual, o, en esencia, la erre al inicio de palabra. Todo esto son solo pautas generales para hacer ahora una idea a quien desconozca una guía, insisto.

las abreviaturas y se señalarán, en cursivas si se escribe a ordenador, o entre paréntesis si se hace a mano. Todo ello se combinará con los signos que se usarán para transcribir y editar un texto, que esencialmente serán, por un lado, el paréntesis para anotar en cursiva cualquier elemento que conste en el texto. Así, si hay una cruz se escribe (*cruz*), o si hay una firma, (*firma*); también sirve para señalar otros elementos como la presencia de columnas (*col. a*), o el paso de los folios recto y vuelto (1r<sup>o</sup>), (1v<sup>o</sup>). Por otro lado, se usarán corchetes para incluir en cursivas cualquier aclaración de quien transcriba, que no constase escrita originalmente ni intencionalmente en el texto, como [*roto*] o [*sic*]. A los paréntesis y corchetes se añadirá el uso de notas al pie de página, para aclarar dudas, y el uso de barra con número en superíndice al cambiar de línea (a la segunda: <sup>2</sup>, a la tercera: <sup>3</sup>, etc.). Insisto en que, pese a su aparente simplicidad, en la práctica surgirán infinidad de dudas que enriquecerán el hecho, no siempre automático, de aplicar unas normas de transcripción sobre la base de un texto.

Transcribir es esencial para aportar datos históricos sobre la historia general y la historia de la escritura, pero sirve también para aportar datos filológicos y lingüísticos, e incluso para tener una orientación sobre cómo se hablaba antiguamente. Téngase en cuenta que sólo existen grabaciones sonoras de la palabra, en esencia, desde el siglo XIX. Antes de ello, el único documento que podemos usar para imaginar cómo se hablaba es lo escrito. Al respecto, el paleógrafo Agustín Millares Carló seguía una teoría comúnmente aceptada en varios ámbitos académicos, cuando afirmó que “toda transcripción debe aspirar a ser un reflejo fiel de la lengua en que está escrito el texto”<sup>32</sup>.

Apuntadas estas cuestiones sucintamente, es preciso insistir en que, desde fuera de la especialidad de paleografía, se suele entender que esta disciplina consiste simplemente en leer, y de hecho, así se suele practicar e impartir la docencia en diversos casos, por la razón que sea, más o menos justificada. De cualquier modo, siempre hay que recordar que una lectura plana será un mero ejercicio para auxiliar a otras disciplinas, como suele hacer quien se dedica a estudiar historia sin tener especialización en la materia paleográfica. De hecho, podría leer casi cualquier persona con intuición, si tiene facilidad, o ejercitando tal habilidad<sup>33</sup>, como quien aprende a leer de forma autodidacta, aunque para ello se tope con algunos problemas al reconocer las letras.

En el ejemplo de la lectura de la línea 4 ha salido a colación el problema de la presencia de las abreviaturas, que suelen abundar en la documentación hispánica tardo medieval y moderna. Para leer el texto e interpretarlo correctamente, hay que desarrollarlas (si dice dho habrá que anotar dicho). Si

---

<sup>32</sup> Agustín MILLARES CARLÓ: *Tratado de paleografía española*, t. II, Madrid, Espasa Calpe, 1983, p. X. Por ello, sugería que se ajustasen a unas normas que sirviesen a los colegas filólogos para que no tuviesen que volver a consultar un texto, por lo que sugería que en toda normativa de transcripción deberían intervenir paleógrafos y filólogos. A. MILLARES CARLÓ: *Tratado de paleografía...*, op. cit., t. II, p. X.

<sup>33</sup> Por ejemplo, para practicar así son muy útiles las indicaciones de Blas CASADO QUINTANILLA: *Paleografía. Nociones básicas para leer documentos conservados en los archivos históricos*, Madrid, CSIC, 2019, pp. 12-15.

alguien piensa que el desarrollo de una abreviatura es unívoco<sup>34</sup>, o que se desarrollará siempre sin problema, o que si lo hay se solucionará con un diccionario de abreviaturas<sup>35</sup>, se confunde, porque hay un mundo tras ellas. Muestra de ello son las escasas pero interesantes investigaciones científicas que reflejan sus enormes posibilidades de estudio como materia académica<sup>36</sup>, y la falta que hace investigar más sobre los sistemas braquigráficos peninsulares<sup>37</sup>.

En un sentido similar, pero respecto a la docencia, si quien imparte paleografía lo hace desde un punto de vista científico que quiere transmitir a los estudiantes y futuros investigadores, es fácil que la lección sobrepase la mera lectura auxiliar, porque para desempeñarla al completo –si hay tiempo y otros factores– va más allá identificar una mera letra tras otra. Cuando sale a colación una letra, porque haya dudas sobre ella, es sumamente enriquecedor completar la explicación en diversos sentidos, y para saber hacer eso es preciso conocer mucha información procedente de la práctica, pero también de los tratados de paleografía. Entonces, sería idóneo relacionar ideas respecto al conjunto de letras, ofrecer una visión histórica de su evolución y sus variables formales, o explicar la forma a la que desembocó con el tiempo, lo cual facilitará comprender el siguiente facsímil que se lea, y allanará el

<sup>34</sup> M<sup>a</sup> Jesús TORRENS ÁLVAREZ: «La interpretación de las abreviaturas en textos romances medievales: problemas lingüísticos y textuales», *SIGNO. Revista de Historia de la Cultura Escrita*, 2 (1995), p. 20; todo en las pp. 19-27.

<sup>35</sup> Adaptado a las nuevas tecnologías en línea, véase el *Diccionario de abreviaturas novohispanas*, Universidad Nacional Autónoma de México, en <https://www.iifilologicas.unam.mx/dicabenovo/index.php>

<sup>36</sup> Según pusieron de relieve, por ejemplo, M<sup>a</sup> Isabel OSTOLAZA ELIZONDO: «Evolución de las abreviaturas en la documentación castellana bajomedieval: razones lingüísticas y paleográficas», en *Las abreviaturas en la enseñanza medieval y la transmisión del saber*, Barcelona, Universidad de Barcelona, 1990, pp. 253-262. M<sup>a</sup> J. TORRENS ÁLVAREZ: «La interpretación de las abreviaturas...», op. cit., pp. 19-27. M<sup>a</sup> Victoria MÉNDEZ VIAR: «Abreviaturas: ¿necesidad de una revisión metodológica?», *SIGNO. Revista de Historia de la Cultura Escrita*, 4 (1997), p. 57; todo en las pp. 57-66. Paloma CUENCA MUÑOZ: «Problemas braquigráficos en la documentación castellana del siglo XV», *Cuadernos de documentación multimedia* [Monográfico: I Congreso Universitario de Ciencias de la Documentación. Teoría, historia y metodología de la documentación en España (1975-2000)], núm. 10 (2000) p. 204, todo en las pp. 203-209. Ana Belén SÁNCHEZ PRIETO: «Las abreviaturas como indicadores de los hábitos de lecto escritura», *Norba. Revista de historia*, 15 (2001), p. 159; todo en las pp. 159-168. Daniel Piñol Alabart: «Las abreviaturas en los manuales notariales: el caso del ‘Camp de Tarragona’ en el siglo XIII», en Maurilio Pérez González (coord.): *Actas del II congreso hispánico de latín medieval* (León, 11-14 de noviembre de 1997), Universidad de León, Secretariado de Publicaciones, 1998, vol. II, p. 757, todo en las pp. 757-768.

<sup>37</sup> Según recogía otro tratadista del tema al inicio de su estudio, Ricardo PICHEL GOTÉRREZ: «Contribución á braquigrafía do galego medieval. Procedementos abreviativos e transcendencia escriptolingüística», en Pablo CANO LÓPEZ ET ALII (eds.): *XXXIX Simposio Internacional de la Sociedad española de Lingüística (SEL)*, Santiago de Compostela. Sociedad Española de Lingüística-Universidade de Santiago de Compostela, 2010 [p. 1 de 11 pp., sin paginación en la versión disponible en <<https://bit.ly/3FGaOeF>>]. Es también autor de otros estudios relacionados (pese su diferencia al firmar) como Ricardo GUITÉRREZ PICHEL: «Hacia una edición comprometida de la prosa instrumental. Notas para un estudio crítico de la braquigrafía medieval gallega: el signo general de abreviación», en M<sup>a</sup> Angustias BEAS TERUEL (coord.): *Nuevas líneas de investigación en el estudio diacrónico de la lengua española*. Actas del IX Congreso de la Asociación de Jóvenes Investigadores de Historiografía e Historia de la Lengua Española (AJLIHLE), Palma, Edicions Universitat de les Illes Balears, 2011, pp. 65-76.

camino para entender otras grafías (sobre todo, a las similares a ella), y para avivar el interés por la escritura en general<sup>38</sup>.

En ocasiones, la transcripción puede complicarse, y ahí podrá resultar insuficiente una mera paleografía de lectura que pretenda solo reconocer caracteres de forma unívoca; ahí, para que el resultado sea más satisfactorio, se necesitarán las posibilidades que brinda una paleografía con base científica. De entre los cuantiosos ejemplos que cabría ofrecer, mencionaré dos. El primero versará sobre la letra eñe, de origen y evolución discutidos. En esencia, y simplificando, la eñe procede de la grafía *nn* abreviada mediante un signo general de abreviación sobre la *ene*, así: *ñ*. Eso, en un momento dado, dejó de ser una abreviatura de dos letras (una que abreviaba otra, mediante una tilde o virgulilla) para empezar a ser sólo una letra, la eñe. Saber cuándo nació esa letra es esencial para transcribir o *nn* o *ñ*<sup>39</sup>. Agustín Millares e Ignacio Mantecón consideraron que a partir del siglo XV había que transcribir la letra eñe (y no la *ene* doble como fruto del desarrollo de una *ene* más un signo general de abreviación)<sup>40</sup>. Sin embargo, los estudios filológicos adelantan esa data sustancialmente. Según Menéndez Pidal, su uso se asentó en época alfonsí<sup>41</sup>; sin embargo, para María Jesús Torrens, sus orígenes no son tan fáciles de precisar<sup>42</sup>. Por su parte, Hiroto Ueda concluye que el uso de la letra eñe se estableció en la primera mitad del siglo XIV<sup>43</sup>. Con todo ello, sólo quiero plantear las dudas que

<sup>38</sup> Para entender lo que quiero decir, valdría traer al caso generalizador para la Edad Moderna los esquemas de la letra cortesana y procesal, más sus explicaciones, en Tomás MARÍN MARTÍNEZ y José Manuel RUIZ ASENCIO (dirs.): *Paleografía y diplomática*, vol. II, pp. 7-13, muy recomendable por su precio, y por el renombre de sus prestigiosos autores, aunque de más carácter divulgador. A partir de ahí, convendría también tener de referencia cuadros de obras y explicaciones más científicas pero muy caras en el mercado, y complicadas de conseguir, por estar agotadas, como la de A. MILLARES CARLÓ y J. I. MANTECÓN: *Álbum de paleografía hispanoamericana...*, op. cit., pp. 43-46 y los cuadros I-IV, en pp. 102-173. A ello debieran unirse las explicaciones que los expertos añaden a cada facsímil, más las reflexiones u observaciones del docente, si procede. Esto, por apuntar una mera aproximación genérica al asunto.

<sup>39</sup> Ya planteó la cuestión Ruiz Asencio, al sugerir que había «que llegar a un acuerdo a partir de cuándo hemos de transcribir la *ene* con abreviación encima por *nn* o por *ñ*», en J. M. Ruiz Asencio: «Propuesta de elaboración de unas normas de transcripción...», op. cit., p. 143. Aunque no haya acuerdo, hay filólogos que han aportado al respecto su solución, al menos respecto a la edición de textos, como Pedro Sánchez-Prieto, quien zanja el problema así: «*n* con lineta sobrepuesta se transcribe por *ñ*», Pedro Sánchez-Prieto Borja: *Cómo editar los textos medievales*. Criterios para su presentación gráfica, Madrid, Arco Libros, 1998, p. 107.

<sup>40</sup> «El signo general de abreviación –raya, vírgula, arco– sobre la *n* no debe transcribirse, a partir del siglo XV, como doble *n* (*nn*) sino por *ñ*, ya que tenía este valor y así se representaba en las obras impresas de la época». A. MILLARES CARLÓ y J. I. MANTECÓN: *Álbum de paleografía hispanoamericana...*, op. cit., p. 98. Deduzco que, al ser su referente la imprenta, sólo situarán el hecho en cuestión (la eñe, en este caso) en el siglo de la imprenta, el XV, y, más en concreto, en el caso de su difusión en España, hacia el último cuarto de la centuria. Así lo deduzco de las fechas que recoge A. Millares Carló: *Introducción a la historia del libro y de las bibliotecas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, pp. 101-112.

<sup>41</sup> Citado por H. Ueda: «La función de la tilde en la grafía abreviada *n<n>...*», op. cit., p. 346.

<sup>42</sup> Citada por Hiroto Ueda: «La función de la tilde en la grafía abreviada *n<n>* del español medieval. Evidencias en los documentos notariales castellanos del siglo XIII al XV», *Cuadernos del Instituto Historia de la Lengua*, 8 (2013), p. 346, todo en las pp. 343-360.

<sup>43</sup> H. Ueda: «La función de la tilde en la grafía abreviada *n<n>...*», op. cit., p. 346.

puede aparejar algo aparentemente tan sencillo como transcribir una ene doble o una letra eñe, y la investigación científica que puede comportar.

El segundo ejemplo versa sobre la letra ese, s, en la Edad Media y Moderna, trata sobre la posibilidad de transcribir una letra con diferentes formas y el conocimiento que comporta decantarse por una u otra alternativa, pues la lectura no es siempre sencilla ni unívoca. Imaginemos que estamos ante un manuscrito original con varias eses; entonces, lo común es transcribir una ese de doble curva como esta, así: s. Esta solución es correcta, pero conviene recordar que existen más posibilidades. Otra forma de la letra ese se transcribe con la sigma griega, según refleja una transcripción clásica como la *Paleografía Española*, de Agustín Millares<sup>44</sup>. Otra forma más de ese con su transcripción diferenciada es la ese alta (similar a la efe pero sin travesaño horizontal), que algunos autores transcribían tal cual, como Millares, o Floriano en su *Curso de paleografía*<sup>45</sup>. Los autores citados y sus magnas obras recuerdan que para adoptar ciertas soluciones de lectura adoptaron un criterio paleográfico basado en conocimientos históricos y filológicos científicos<sup>46</sup>. Ese tipo de manuales, acompañados de estudios rigurosos, difícilmente serán resultado del quehacer de una mera ciencia auxiliar. Por supuesto, estoy sólo esbozando ideas con afán divulgativo, porque los ejemplos serían numerosos, y el discurso bien podría abarcar otro artículo.

Además de lo expuesto, cabría añadir, entre otras sugerencias, que la reflexión sobre la escritura no debería quedarse en la mera lectura de las letras, pues hay también que pensar en sonidos, según explica Mercedes Quilis<sup>47</sup>. Hay investigaciones que sirven de referente para plantear las diferentes formas que había de leer un texto, el significado de la presencia de cualquier rasgo (incluso aquel que

---

<sup>44</sup> Es el caso en Agustín MILLARES CARLÓ: *Paleografía española*. Ensayo de una Historia de la Escritura en España desde el siglo VIII al XVII, t. II, Barcelona, Ed. Labor, 1929, pp. 121-125. No es una excepción, pues así hace por ejemplo Filemón ARRIBAS ARRANZ: *Paleografía documental hispánica*. Transcripciones, Valladolid, Sever-Cuesta, 1965, pp. 172 ó 174. A su vez, ya lo usó dicho autor en la obra anterior conjunta de Saturnino RIVERA MANESCAU y Filemón ARRIBAS ARRANZ: *Láminas de Paleografía* [vol. de transcripciones], Valladolid, Universidad de Valladolid, 1944, por ejemplo, en transcripción de la lámina L, p. 51. La cuestión es que Manescau y Arribas no me sirve de ejemplo científico, porque, aunque sus transcripciones sean excelentes, no incluye un corpus teórico, en mi opinión científico, como sí hacen Millares o Cumbreño en las obras mencionadas en notas al pie adelañas.

<sup>45</sup> A. MILLARES CARLÓ: *Paleografía española*. Ensayo..., op. cit., o Antonio C. FLORIANO CUMBREÑO: *Curso general de paleografía y paleografía y diplomática españolas* (selección diplomática), Oviedo, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Oviedo, 1946. También lo hace así por ejemplo Arribas, pero no se cita en el texto por el motivo aducido en la nota anterior.

<sup>46</sup> Aunque aún falte camino por andar respecto a diversos problemas cuya solución podrá ser fruto de la investigación multidisciplinar. Me refiero, por ejemplo, a problemas como los que plantea Ruiz Asencio de la ese sencilla de la letra de albaes del siglo XIII, que en muchos casos se lee como doble –indebidamente, y al margen de que puedan juntarse dos de esas eses–, en relación con que la ese del siglo XIV necesite el dictamen filológico para saber si hay que transcribir ese sencilla o doble. Por cierto, también plantea la cuestión de si la ese sigmática se ha de transcribir como ese o zeta. J. M. Ruiz Asencio: «Propuesta de elaboración de unas normas de transcripción...», op. cit., p. 141.

<sup>47</sup> Mercedes Quilis Merín «La escritura, guardiana de la historia: en torno a graffas y sonidos en los orígenes», en Beatriz Díez Calleja (ed.): *El primitivo romance hispánico*, Burgos, Fundación Instituto Castellano y Leonés de la Lengua, 2008, pp. 197-207.

suele englobarse en el grupo de los –acaso mal denominados– rasgos inútiles) que quizás representase valores prosódicos, o a los posibles significados de sus lecturas diplomáticas, como plantea Romero Tallafigo<sup>48</sup>. Cito esto, por mencionar alguna idea de la infinidad de planteamientos que pueden complementar la mera lectura de un manuscrito, e incluso el modo preciso para referirnos a cada fenómeno gráfico<sup>49</sup>–, fruto de obras científicas. Ello, por no hablar de las diversas maneras de transcripción o edición correcta de un documento, o de las diferentes teorías filológicas o paleográficas a las que responderá<sup>50</sup>.

Recapitulando, aunque la paleografía suela identificarse vulgarmente como una disciplina auxiliar para leer manuscritos antiguos, esa paleografía de lectura también puede ser científica, y, en cualquier caso, la ciencia paleográfica completa es mucho más amplia y compleja. Por cierto, existen al menos otras dos facetas primordiales de dicha especialidad, la paleografía *crítico-analítica*, y la *historia de la escritura*, que a continuación mencionaré brevemente, que deberían complementar desde diversas perspectivas la forma de mirar un manuscrito. Ambas perspectivas proveen de datos esenciales para poder deducir y explicar cuantiosa información sobre la historia del documento que se lee, teniendo en cuenta infinidad de reflexiones que nos han regalado los grandes maestros sobre la teoría paleográfica, que me conformo con apenas aludir.

### 3. La paleografía: tipos y objeto de estudio de esta ciencia autónoma

La paleografía es una ciencia autónoma que tiene su propio objeto de estudio, la escritura antigua. También tiene una metodología científica particular, que aquí no cabe detallar por motivos de espacio. Destacar su importancia es algo complejo de explicar, sobre todo, dada la fama de elemento auxiliar que algunos estudiosos han difundido cual leyenda urbana. Esa postura está obsoleta, y simplemente pretende restarle importancia, problema injusto que también se mencionará, con nefastas consecuencias para nuestra disciplina. Una de las formas para recalcar el peso de la paleografía

---

<sup>48</sup> Ejemplo de un texto científico, repleto de ideas originales que complementan las explicaciones que complementan la lectura de un documento, están estudiadas por Manuel ROMERO TALLAFIGO: «Nueva Diplomática, nueva metodología para la historia del documento», en Manuel ROMERO TALLAFIGO: *De diplomática y archivística*. Antología, Ed. Universidad de Sevilla, pp. 19-74, especialmente desde la pp. 37 al final. No obstante, en este sentido convendría aquí citar muchos otros estudios del mismo volumen.

<sup>49</sup> Es sintomática al respecto la obra de Pilar OSTOS ET ALII, *Vocabulario de codicología*. Revisión española revisada y aumentada del Vocabulaire codicologique de Denis Muzerelle, Madrid, Arco Libros, 2011.

<sup>50</sup> Desde el punto de vista de la diplomática abundan las citas en este trabajo, pero desde la filología citaré, por ejemplo, a Pedro SÁNCHEZ-PRIETO BORJA: *Cómo editar los textos medievales...*, op. cit.

consiste en explicar y defender que se trata de una ciencia autónoma, por lo que se abordará esta cuestión.

### 3.1 Los tres tipos de paleografía

Desde la especialidad, se acostumbra dividir en tres tipos de paleografía<sup>51</sup>. Es preciso tener en cuenta que, pese a lo sencilla que pueda resultar la siguiente división tripartita teórica, en la práctica pueden llegar a ser muy complejas las fronteras de una y otra. Por ello, es preciso tener presente que esta reducción es sólo un resumen sencillo.

El primer tipo de paleografía que acostumbra a distinguirse es la *paleografía de lectura o práctica*, que pretende enseñar a leer correctamente manuscritos, para entender los sistemas gráficos que han caído en desuso, y sobre todo cuando son complicados de comprender (por ello es preciso enseñar a entenderlos), y sirve para transcribirlos mediante la escritura y los signos usados hoy día<sup>52</sup>. Por ejemplo, le servirá a alguien que investigue historia o que trabaje en un archivo y necesite saber qué dice un documento antiguo, para resumirlo o tomar información. Se suele afirmar que este es un primer grado elemental, en el que la paleografía queda relegada a una ciencia auxiliar al servicio de quien necesite limitarse a leer un texto, o entender qué dicen algunas frases<sup>53</sup>. Sin embargo, según he esbozado en el apartado anterior, creo que depende de diversos factores, y que aún en este estadio inicial puede haber tanto una paleografía práctica científica como otra acientífica, según quién y cómo la practique<sup>54</sup>.

---

<sup>51</sup> Este es un mero esbozo. Para leer más al respecto, remito a L. NÚÑEZ CONTRERAS, *Manual de paleografía...*, op. cit., pp. 19-23, y a Carlos SÁEZ y Antonio CASTILLO: «Paleografía e historia de la cultura escrita: del signo a lo escrito», en Ángel RIESCO TERRERO (ed.): *Introducción a la paleografía y la diplomática general*, Madrid, Ed. Síntesis, 2004, pp. 21-31.

<sup>52</sup> A. MILLARES CARLÓ y J. M. RUIZ ASENCIO: *Tratado de paleografía...*, op. cit., p. 1.

<sup>53</sup> En ese sentido lo afirma, entre otros, L. NÚÑEZ CONTRERAS: *Manual de paleografía...*, op. cit., p. 20.

<sup>54</sup> Resumidamente esbozaré alguna idea, que se complementa con otras ideas salteadas a lo largo de este estudio. Si alguien pretende limitarse a leer un documento antiguo, sin criterios científicos, el resultado será acientífico, como el mero ejercicio superficial que busca ofrecer una lectura actualizada. Tal tarea será diferente a entrenar a leer de modo completo y científico, y conocer numerosas obras de expertos, sobre todo ante situaciones en las que haya que inclinarse por una letra u otra (ene o eñe, jota o i). Dejo la idea pincelada, que espero retomar en un futuro próximo. Ejemplo de casos de transcripción científica serían las de ediciones de textos científicos, o comentarios paleográficos del estilo que ofrece, de cada lámina, la obra de A. MILLARES CARLÓ y J. I. MANTECÓN: *Álbum de paleografía hispanoamericana...*, op. cit., o los dos volúmenes de Ángel CANELLAS LÓPEZ: *Exempla scripturarum latinarum, in usum scholarum. Pars prior, editio iterata*, Zaragoza, Librería General, 1974, y Ángel CANELLAS LÓPEZ: *Exempla scripturarum latinarum, in usum scholarum, pars altera*, Zaragoza, Librería General, 1966. Así lo creo, puesto que sin tener un conocimiento científico de todo lo abordado sería imposible hacer tales comentarios paleográficos (que no sólo son descriptivos).

El segundo tipo está representado por la *paleografía científica*, también denominada *crítica* o *de análisis* (o *crítico-analítica*) o *de peritación*. Ésta analiza la escritura manuscrita para determinar sus rasgos y sus cambios. Esto incluirá “todos los problemas de identificación, autenticación y reagrupamiento de las escrituras, sea cual fuere el periodo al que pertenezcan”<sup>55</sup>. Estudiándolo, se podrá saber de qué época y lugar son las grafías, y adscribirlas a ciclos gráficos, entre otras cuestiones.

Un tercer tipo incluye la paleografía como la *historia de la escritura*. Este pretende estructurar y relacionar todos los fenómenos observados por todos los especialistas de la escritura<sup>56</sup>, en relación con la historia de la cultura. Para algunos autores, este tercer grado sería la “paleografía propiamente dicha [...] como ciencia autónoma”<sup>57</sup>. Esta tendencia tiene una larguísima tradición, cuyos presupuestos científicos se remontan, al menos, a la época de Traube (1861-1907). Su objetivo es elaborar una historia completa atendiendo a la sociedad que la produce, pues enfatiza el hecho de que la escritura “es una actividad humana y exclusiva del hombre”<sup>58</sup>. Ahí se inserta, por ejemplo, la línea de la historia del alfabetismo y la cultura escrita<sup>59</sup>.

A lo que tiende o intenta tender este tercer grado, según entiendo, es a abarcar una multiplicidad de cuestiones para que la historia de la escritura esté inmersa en las tendencias historiográficas más completas, novedosas, y, a ser posible, interdisciplinarias. Ello, en mi opinión, debería aplicarse a los anteriores estadios también, para acercarse a la disciplina de forma plena. Es decir, siempre que se atienda a cada una de las tres categorías citadas con seriedad académica y metodología científica, y que el elemento objeto de estudio se preste a ello, se estará haciendo ciencia equiparable a la que hacen las demás ciencias humanas.

---

<sup>55</sup> Léon GILISSEN: «Analyse des écritures: manuscrits datés et expertise des manuscrits non datés», en *Les Techniques de laboratoire dans l'étude des manuscrits*, Colloques internationaux du Centre National de la Recherche Scientifique, n. 518 (1974), p. 28 (todo en pp. 25-40), citado por A. MILLARES CARLÓ y J. M. RUIZ ASENCIO: *Tratado de paleografía...*, op. cit., p. 1.

<sup>56</sup> A. MILLARES CARLÓ y J. M. RUIZ ASENCIO: *Tratado de paleografía...*, op. cit., p. 1.

<sup>57</sup> Afirmaciones de Albert d'Haenens recogidas en la nota 6 por A. MILLARES CARLÓ y J. M. RUIZ ASENCIO: *Tratado de paleografía...*, op. cit., p. 1.

<sup>58</sup> Luis NÚÑEZ CONTRERAS: *Manual de paleografía...*, op. cit., p. 22.

<sup>59</sup> Algunos de sus representantes actualmente son el ya mencionado Gimeno Blay, u otros catedráticos como Roger Chartier, Fernando Bouza, o Antonio Castillo. Insisto en citar catedráticos, ahora y en otros casos, para que en cátedras de otras áreas –las que niegan la posibilidad de que exista una paleografía científica– recuerden que los colegas de su misma categoría también hacen ciencia tratando temáticas escriturarias; creo que a menudo se infravalora a la paleografía sin saber ni qué temas ni métodos abarca.

### 3.2 La paleografía, ciencia que estudia la escritura antigua, ¿de qué antigüedad?

Usar de hilo argumental recurrente la sencilla definición de paleografía antes dada, “ciencia que estudia la escritura antigua”, permite explicar los diversos matices que la frase encierra. Esa antigüedad abstracta alude en general a las escrituras que ya no se emplean, que han caído en desuso. Pero, en particular, para atender al adjetivo de “antigua” ¿en qué época se centra o podría centrarse? En cualquiera, siempre que sea ya pretérita, teniendo en cuenta que forma parte del pasado cualquier escrito redactado antes de ahora mismo, del momento presente, hablando en sentido genérico. Eso abarca desde una escritura de la época más remota a los días ya transcurridos hasta ayer, ese ayer cambiante que define el pasado como hecho en continua gestación, o, incluso, a los días ya transcurridos hasta antes de ahora. (Aquí cabría abrir un paréntesis para reflexionar sobre la idea de que es pasado todo lo transcurrido hasta el momento presente ya vivido, de modo que la paleografía podría abarcar todas las épocas anteriores al hoy y al ahora, lo que dejaría de lado estudios futuristas<sup>60</sup>.)

Si se acepta que la paleografía estudia toda la escritura antigua, de cualquier tiempo pasado, se evita establecer separaciones subjetivas dadas antaño por diversos teóricos cuando excluían de sus análisis ciertas épocas. En ese sentido, ya en el último cuarto del siglo XIX, Muñoz y Rivero afirmó que la paleografía designaba “la ciencia de la escritura antigua, y desde este punto de vista comprende el estudio de las vicisitudes experimentadas por la escritura *en todos los siglos* y naciones, sea cualquiera la materia sobre la que aparezca lo escrito”, en su *Manual* publicado en Madrid en año 1880, que repitió en la edición de 1917 y en otras posteriores<sup>61</sup>. Sin embargo, ideas tan claras se contradecían con otras que compaginaba unas páginas después, acotando en el tiempo la disciplina, al aseverar que “la escritura posterior al siglo XVII se considera contemporánea, y por tanto fuera de los límites de la paleografía”<sup>62</sup>.

Esas afirmaciones contradictorias del estilo de la recién recogida eran normales y comprensibles en los expertos incluso décadas después. De hecho, los teóricos de mediados del siglo XX, cuando

<sup>60</sup> Lo futurista ha sido poco trabajado en la historia. Un ensayo original de estas características es el de Leonor ZOZAYA-MONTES: «Difusión de documentación primaria digitalizada como arma de doble filo en la historia. Un ensayo futurista», MEI. Métodos de información, vol. 3, nº 4 (2012), pp. 117-125.

<sup>61</sup> También afirmó que «la paleografía comprende el estudio de toda clase de monumentos escritos, ya sean documentos, monedas, medallas, lápidas u otros objetos arqueológicos». Vid. J. MUÑOZ Y RIVERO: *Manual de paleografía...*, op. cit., p. 6.

<sup>62</sup> Según recoge J. MUÑOZ Y RIVERO: *Manual de paleografía...*, op. cit., p. 8, y vuelve torno a la misma idea cuando especifica que quedan fuera del estudio de la paleografía las letras de los siglos XVIII al XIX, en la p. 10. Por cierto, anteriormente se ha citado el título completo de la obra, que abarca sólo hasta el siglo XVII, por la razón aducida.

intentaron delimitar los campos de la paleografía, por ejemplo, frente a la epigrafía<sup>63</sup>, incurrieron los problemas que a menudo se presentan cuando se intenta definir algo con precisión: cuanto más se detalla, más puede estar errando.

### 3.3 La paleografía y la idea obsoleta de que estudia la escritura sobre materia blanda (frente a la epigrafía, sobre materia dura)

A lo largo del tiempo, diversos teóricos han intentado marcar los límites de las disciplinas que han estudiado la escritura, y en especial los de la paleografía, por contraposición a la epigrafía, que durante años anduvieron por caminos separados. Cierta tradición, acaso impuesta en el siglo XIX<sup>64</sup> (dado que en el XVIII no se reflejaba así en los diccionarios<sup>65</sup>), separó los campos de estudio de la paleografía como la disciplina referida a la escritura sobre materiales blandos, a diferencia de la epigrafía, dedicada a analizar la escritura sobre materias duras<sup>66</sup>.

---

<sup>63</sup> Por ejemplo, le sucedió así al ya citado Navascués, cuando en su discurso de ingreso a la Real Academia de la Historia, intentando delimitar los campos de la epigrafía (frente a la paleografía), «restringía su ámbito de aplicación a la Antigüedad y al Medioevo, con lo que implícitamente obviaba su valor como ciencia histórica restringida a un marco cronológico determinado», según analizó Manuel RAMÍREZ SÁNCHEZ: «El concepto de epigrafía. Consideraciones sobre la necesidad de su ampliación, cincuenta años después», *SIGNO. Revista de Historia de la cultura escrita*, 15 (2005), p. 54 (todo en las pp. 47-76), disponible en <<https://www.personales.ulpgc.es/mramirez.dch/downloads/96.pdf>>.

<sup>64</sup> Sánchez Belda, tras recoger una tradición anterior, afirmó que «el desarrollo de las ciencias auxiliares de la historia en el siglo XIX ha impuesto otros límites a su esfera de acción. La Epigrafía estudia la letra inscrita en materiales duros (bronce, piedra, etc.); la Papirología escrita sobre papiros; la Diplomática la de los documentos. De esta forma se ha ido restringiendo su campo hasta el punto de quedar restringido a la escritura de códices propiamente dichos», a lo que añade las palabras luego citadas de que «contra esta tendencia se ha reaccionado recientemente», y explica las otras cuestiones estudiadas. Luis SÁNCHEZ BELDA: voz **paleografía**, *Diccionario de Historia de España (DHE)*, desde sus orígenes hasta el fin del reinado de Alfonso XIII, t. II, Madrid, Revista de Occidente, 1952, p. 756 (todo en las pp. 756 - 761).

<sup>65</sup> Téngase en cuenta que en el año 1734 definía el diccionario de autoridades la voz **inscripción** con las siguientes palabras: «Sentencia o cláusula gravada para dar a conocer algún sugeto o para memoria a la posteridad de alguna acción», e **inscribir**, «escribir o grabar letras u otra cosa en parte pública para perpetuar la noticia de algún suceso». Véanse las respectivas voces en el *Diccionario de la lengua castellana*, t. IV, Madrid, Imprenta de la Real Academia Española, 1734. Son ideas que se repiten en otras obras. Así, ya entonces se incidía en ideas que han sido esenciales para las conclusiones a las que llegaron en el siglo XX a definir la epigrafía, como la disciplina que estudia la escritura pública.

<sup>66</sup> Sobre ese cambio en la concepción de la epigrafía, véase Javier de SANTIAGO FERNÁNDEZ: «La Epigrafía: evolución conceptual y metodológica», *Documenta et Instrumenta*, 1 (2004), pp. 203-220; M. RAMÍREZ SÁNCHEZ: «El concepto de epigrafía...», op. cit., pp. 47-76. Un resumen de esas teorías, más la exposición de otras, pero en tono divulgativo, consta en Leonor ZOZAYA-MONTES: «Epiteca: una ludoteca virtual para reforzar conocimientos de epigrafía latina», en Pedro J. LAVADO PARADINAS y Víctor M. LACAMBRA GAMBAU (coords.): **VII Jornadas de ludotecas de la comarca de la sierra de Albarracín**. Ponencias y comunicaciones. Juegos romanos y juegos de agua, Albarracín, Comarca de la Sierra de Albarracín, 2014, pp. 159-162 (todo en las pp. 155-170). Este último texto se publicó en esas actas del año 2014, del congreso celebrado en julio de 2013, pero la teoría historiográfica de las primeras páginas se basaba en los apuntes que investigando elaboró la autora, y que circularon en el campus virtual

De ese modo, en función de la dureza del material que recibía escritura, se limitaron tales disciplinas paleográfica o epigráfica, en vez de complementarse. El agravante de esa división tan simplista, e injustificadamente subjetiva, es que tenía diversos males aparejados. Uno de ellos es que en numerosas ocasiones es difícil distinguir la frontera entre lo duro y lo blando, como sucede con materiales que cuyo estado cambia al solidificarse o secarse, como la arcilla o las tablillas enceradas (las conocidas *tabulae ceratae*), o con materiales que representan a otros figuradamente, como los grabados de papel que dibujan epígrafes sobre materia pretendidamente inorgánica (como una piedra), o las pinturas al óleo que imitan inscripciones también sobre piedra. Eso ha podido tener diversas consecuencias negativas; entre ellas, que no se hayan estudiado sistemáticamente como merecen diversas fuentes manuscritas<sup>67</sup>. Por ejemplo, las pinturas góticas y renacentistas que incluyen inscripciones, que son tan abundantes en diversos museos, colecciones o frescos de templos históricos, salvo loables excepciones, en general no han sido estudiadas sistemáticamente aplicando métodos paleográficos<sup>68</sup>. Normalmente, han sido analizadas desde el campo de la Historia del arte, prescindiendo de la metodología de estudio de la letra y de la riqueza complementaria que podría aportar.

Volvamos a la evolución historiográfica del concepto de paleografía. Hacia mediados del siglo XX, diversos académicos comenzaron a intentar dibujar unos nuevos límites de las dos disciplinas, para hacerlos más permeables y así evitar la separación radical de separar los materiales blandos como objeto de estudio de la paleografía, o duros para la epigrafía. En España, por ejemplo, ya en el año 1946, el paleógrafo y pedagogo Antonio Floriano Cumbreño afirmó que la paleografía había “incluido en su campo a todos los escritos”, aunque apostilló que la epigrafía había reclamado “su dominio sobre los monumentos inscritos, esculpidos o marcados”<sup>69</sup>.

entre los estudiantes de Estudio de Técnicas Documentales (ETD), con la siguiente referencia. Leonor ZOZAYA-MONTES: «Paleografía de los siglos XV al XVIII», Material docente, Madrid, ETD, 2011. Volviendo al tema de la concepción epigráfica y su evolución, véase también las aportaciones de Natalia RODRÍGUEZ SUÁREZ: «Un repaso a través de los conceptos de epigrafía e inscripción», *Documenta et Instrumenta*, 10 (2012), pp. 147-154.

<sup>67</sup> L. ZOZAYA-MONTES: «Epiteca...», op. cit., pp. 159-160. Sobre los ejemplos de dudosa adscripción, véase la versión digital ampliada del artículo anterior, ilustrados con imágenes en Leonor ZOZAYA-MONTES: «Epigrafía», *Epiteca* [blog], documento digital disponible en <https://epiteca.wordpress.com/epigrafia/> (consultado el 20/10/2021). Todo ello procedía en origen del material de L. ZOZAYA-MONTES: «Paleografía»..., op. cit.

<sup>68</sup> Por ejemplo, el Museo Thyssen Bornemisza (Madrid) está repleto de ejemplos medievales y modernos en las salas de las épocas correspondientes a esas datas. Todas sus publicaciones hasta la fecha rara vez atienden a la escritura, de la que como mucho obtienen el dato de la información del mensaje. Entre otros, cabría destacar el ejemplo del retrato de Giovanna Tornabuoni, pintado por Domenico Ghirlandaio (1488), con un mensaje de un epigrama de Marcial, disponible en <https://www.museothyssen.org/coleccion/artistas/ghirlandaio-domenico/retrato-giovanna-degli-albizzi-tornabuoni>. Llamo la atención porque en varias salas hay una mina de mensajes con escritura expuesta.

<sup>69</sup> Antonio C. FLORIANO CUMBREÑO: *Curso general de paleografía y paleografía y diplomática españolas* (con un apéndice de diplomática pontificia). Texto, Oviedo, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Oviedo, 1946, p. 17. Le tildo de pedagogo, además de por el carácter pedagógico –a la par que científico– de sus obras de paleografía, porque fue autor de diversas obras sobre aquella temática, como *Estudios de pedagogía*, Madrid, Ed. Magisterio Español, 1941.

Por su parte, el archivero y medievalista Luis Sánchez Belda<sup>70</sup>, en abril de 1951, resumió en un artículo diversos trabajos encaminados a mostrar las barreras arbitrarias que se distinguían entre disciplinas como la paleografía y otras, como la epigrafía. Afirmó que las modernas tendencias en los estudios paleográficos estaban presenciando la reacción contra el encasillamiento positivista y la acotación infundada de campos dentro de las ciencias que estudiaban la letra. Esa nueva vía historiográfica propugnaba que era necesario “examinar todos los restos escritos, con independencia de la materia en que se encuentran, para llegar a un conocimiento científico de la letra”<sup>71</sup>. En esa corriente moderna que aplicaba nuevos criterios de análisis, Sánchez Belda destacó a Jean Mallón, quien varios años antes (de 1936 a 1948) había publicado diversos trabajos para demostrar que ciertas barreras entre disciplinas eran inestables, y que en el Imperio romano existía “unidad de sistema en la escritura, sin diferencias regionales y sin influencias de la materia escriptoria”<sup>72</sup>.

Ese tipo de explicaciones no quedaron sólo en el acotado campo de la especialidad académica, contexto en que podía ser complicado conseguir una revista científica, máxime antaño, para estar al día de las últimas tendencias historiográficas. Por el contrario, Sánchez Belda también divulgó esas ideas de Mallón en una obra tan general como el *Diccionario Histórico Español (DEH)* del año 1952. Allí explicó la tradición anterior de la división entre materiales duros y blandos, apostillando que “contra esa tendencia se ha reaccionado recientemente”, a lo que añadió:

es cierto que la materia escriptoria influye en la forma de la letra, pero no hasta el punto de marcar diferencias esenciales. Si se quiere llegar a un conocimiento científico de la escritura romana es preciso aprovechar todos los materiales llegados a nosotros, sean sobre piedra, sobre bronce o sobre papiro, pues en la práctica el mismo sistema de escritura (forma de letras, abreviaturas, etc.) informa a todos ellos<sup>73</sup>.

Además, todas esas teorías se fueron definiendo en los años sucesivos en algunos países de la Europa continental, también desde el ámbito de expertos epigrafistas. Entre los hitos principales, cabría destacar que el citado Jean Mallón sacó a la luz la famosa *Paléographie Romaine*, publicada por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas en Madrid, en 1952. El mismo año, Mallón participó

---

<sup>70</sup> Al respecto, véase Luis Miguel de la CRUZ HERRANZ: «Luis Sánchez Belda», en *Diccionario Biográfico electrónico*, Madrid, Real Academia de la Historia, [documento digital disponible en la red], <https://dbe.rah.es/biografias/56958/luis-sanchez-belda>

<sup>71</sup> Luis SÁNCHEZ BELDA: «Modernas tendencias de los estudios paleográficos», *Arbor*, n° 64 (abril, 1951), pp. 534-536, y especialmente la p. 534 y 535; todo en las pp. 529-536. El artículo de Sánchez Belda es especialmente ilustrativo respecto a los conceptos aquí tratados.

<sup>72</sup> Así lo resumió L. SÁNCHEZ BELDA: «Modernas tendencias...», op. cit., pp. 534-536, y especialmente la p. 535 y nota al pie n° 12 donde recoge las diversas obras de Mallón y cita las de otros eruditos coevos.

<sup>73</sup> L. SÁNCHEZ BELDA: voz *paleografía*..., op. cit., p. 756; todo en las pp. 756 - 761.

en el Congreso Internacional de Epigrafía Griega y Latina de París (cuyas actas se publicaron al año siguiente), donde diversas voces afirmaron que era necesario desterrar el concepto de epigrafía y paleografía en función de la dureza del material. Otra contribución importante se dio en 1953, con el discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia de Navascués, quien insistía sobre la necesidad de ampliar el concepto de epigrafía<sup>74</sup>. Ese mismo año se fundó el Comité Internacional de Paleografía en París<sup>75</sup>. Por cierto, las ideas aquí compiladas de Mallón, Belda y Navascués fueron recogidas en el año 1955, aún con diferentes palabras, citas y estructura, por Agustín Millares y José Ignacio Mantecón, en el *Álbum de paleografía hispanoamericana* publicado en México<sup>76</sup>, durante el exilio político de ambos<sup>77</sup>. Después, en el año 1975, esta última obra fue reimpressa en Barcelona<sup>78</sup>. Es decir: esas teorías, difundidas en los medios científicos de la especialización, debieran ser conocidas por quienes escribían al respecto.

Pese a esos avances de mediados del siglo XX que ya distinguían que la paleografía no podía seguir caracterizándose por ser la disciplina que estudiaba la letra escrita sobre materias blandas (ni la epigrafía sobre duras), los *saltos atrás* eran y siguen siendo tan comunes como constantes, al igual que tantas veces sucede en las ciencias humanas, terreno en que a veces un bulo histórico escrito a lápiz no se consigue desterrar ni con goma de borrar. ¿Por qué no arraigaron y se difundieron *urbi et orbi* las nuevas teorías? ¿por desconocimiento científico de algunas personas, a quienes además les resulta más fácil entender la división duro-blando? Acaso. La cuestión es que, sin ir más lejos, en el mismo *DEH* anteriormente citado, del año 1952, el arqueólogo y medievalista Luis Vázquez de Parga explicó, en la voz **epigrafía**, que esta era la ciencia de las inscripciones, noción conocida pero “algo flotante”. Por ello, aclaró que generalmente se le asignaba “la lectura y recta interpretación de los textos escritos en materiales duros, mientras que se reserva a la paleografía el estudio de los restantes”<sup>79</sup>.

<sup>74</sup> Resumido en L. ZOZAYA-MONTES: «Epiteca...», op. cit., pp. 159-162.

<sup>75</sup> Comité que dio un «espíritu pluridisciplinar a los estudios paleográficos» e internacional, según Ángel CANELLAS LÓPEZ «Estado actual de la paleografía en España», *Anuario de Estudios Medievales*, vol. 21 (1991), pp. 406-407; todo en las pp. 405-417.

<sup>76</sup> Agustín MILLARES CARLÓ y José Ignacio MANTECÓN: *Álbum de paleografía hispanoamericana de los siglos XVI y XVII*. Introducción (vol. 1), México D.F., Ed. Fournier - Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1955, pp. 3-4.

<sup>77</sup> Sobre sus trabajos en el exilio, cabe remitir a diversos trabajos de Moreiro, por ejemplo, José Antonio MOREIRO GONZÁLEZ: *Agustín Millares Carló: el hombre y el sabio*, Madrid, Ed. Mariar - Viceconsejería de Cultura y Deportes del Gobierno de Canarias, 1989, pp. 155 en adelante.

<sup>78</sup> En la reimpression de 1975 se corresponde con la siguiente referencia, en 2 volúmenes, del tomo de Introducción y Transcripciones ya citado, como sigue, A. MILLARES CARLÓ y J. I. MANTECÓN: *Álbum de paleografía hispanoamericana...*, op. cit., pp. 3-4.

<sup>79</sup> Luis VÁZQUEZ DE PARGA: voz **epigrafía**, *Diccionario de Historia de España, desde sus orígenes hasta el fin del reinado de Alfonso XIII*, t. II, Madrid, Revista de Occidente, 1952, p. 998; todo en las pp. 998-999. Durante las siguientes ediciones siguió repitiéndose tal definición. Cfr. la edición de la la voz **epigrafía**, en Germán BLEIBERG (dir.): *Diccionario de Historia de España*, t. I, Madrid, Alianza Editorial, 1979, pp. 1274; todo en las pp. 1274-1275.

Pueden ser numerosas las causas del error consistente en ignorar los nuevos avances historiográficos o en resistirse a aceptarlos. En cualquier caso, la teoría facilona y obsoleta de dividir la paleografía y epigrafía sobre la base de los materiales blandos o duros sigue difundiendo especialmente cuando imparte la materia quien no es de la especialidad<sup>80</sup>. Desde el punto de vista científico, la paleografía es una ciencia autónoma que estudia la escritura sobre cualquier materia, y esto puede resultar difícil de entender cuando se ha aprendido el anterior concepto. Otro problema que es preciso explicar está relacionado con seguir llamando disciplina auxiliar a la paleografía. Este es un error que continúan reiterando quienes ignoran las modernas tendencias científicas, y no tan modernas, según se explica a continuación.

### 3.4 La leyenda que dice que la paleografía es una disciplina auxiliar

Para exponer este tema preguntaré –retóricamente– si la paleografía es una disciplina autónoma, o si por el contrario es una disciplina auxiliar al servicio de otras ciencias históricas, tales como la filología, la jurisprudencia<sup>81</sup>, o la propia historia en general y sus ramas, como la arqueología. La respuesta correcta es afirmativa para la primera cuestión (sí, la paleografía es una ciencia autónoma), aunque además sea muy útil para otras especialidades. No obstante, la respuesta correcta es negativa para la segunda duda, aunque desde numerosas especialidades ajenas suelen seguir repitiendo una versión desdibujada, parcial, obsoleta y acientífica de nuestra disciplina como algo subsidiario ergo auxiliar, según iré desgranando en la medida que el tiempo y el espacio me lo permitan.

En mi opinión, basada en el conocimiento de la experiencia, mis investigaciones, la bibliografía y los congresos especializados en paleografía, considerar disciplina auxiliar a la paleografía es algo tan infundado que podría equipararse a una leyenda. Una **leyenda**, parafraseando al *Diccionario de la Real Academia Española* (DRAE), es la narración de sucesos fantásticos –o deformados– que se transmite por tradición. La misma obra ofrece además dos frases hechas para dicho vocablo: la **leyenda negra**, que es el relato desfavorable generalmente infundado de algo o alguien, y la **leyenda urbana**, que es

---

<sup>80</sup> Es cierto que también se da desde la especialidad en ocasiones, en reputadas obras. Por ejemplo, actualmente se recoge que la voz **epigrafía** es la «ciencia que se ocupa del estudio de las inscripciones sobre materiales duros: piedra, metal, cerámica, etc.», según José Manuel IGLESIAS GIL y Juan SANTOS YANGUAS: *Vademecum para la epigrafía y numismática latinas*, Santander, Artes Gráficas Campher, 2008 (2ª ed.), p. 389. Aparte de ese pequeño detalle, es una obra utilísima que es normal que incluya algún error o disparidad de criterio con respecto al aquí defendido.

<sup>81</sup> Es preciso recalcar lo importante que resulta la paleografía, sobre todo de lectura, para la Filología, la Lingüística, la Archivística, la Biblioteconomía, el Derecho, o las Ciencias de la Información y Documentación. Por citar algunas mencionadas en lo que considero un alegato a favor de la paleografía como ciencia, de A. RIESCO TERRERO: «La paleografía y diplomática en el marco...», op. cit., pp. 84-85.

la historia inventada que circula entre la gente como si fuera verdadera<sup>82</sup>. Creo que respecto a la paleografía se funden todos esos fenómenos.

Leyendas aparte, retomaré a continuación la breve definición ya dada de paleografía como ciencia que estudia las escrituras antiguas. Esta enunciación se inserta entre las aceptadas desde el punto de vista académico, pero no siempre ha sido así. Ante la duda, hay que seleccionar bien la fuente donde se pretenden buscar respuestas. Así, para resolver la duda de si la paleografía es auxiliar o autónoma no se debe acudir a obras de ciertos historiadores como la del hispanista Pierre Vilar, famoso conocedor de su especialidad, pero desconocedor de la historia de la escritura y la paleografía, por lo que sus definiciones de nuestra disciplina como auxiliar no deberían ser tenidas en cuenta<sup>83</sup>. Tampoco debemos atender, por ejemplo, la opinión de un arqueólogo, por muy reputado que sea en su especialidad, pues lo normal es que ignore algo de las demás especialidades de la historia, que son numerosas y tan profundas como la suya. Por el contrario, sí debemos escuchar qué dicen los expertos. Al respecto, ya en el año 1918 Agustín Millares Carló resolvió el asunto de forma sencilla y brillante, cuando afirmó que:

la paleografía ocupa entre las diversas disciplinas históricas un lugar preponderante. Tiene, en efecto, el estudio de las antiguas escrituras una doble importancia: de una parte constituye una ciencia en sí, y de las más sugestivas; de otra, es un auxiliar histórico de tal naturaleza, que ningún erudito podría pasarse sin él<sup>84</sup>.

Así, Millares resumió perfectamente que la paleografía es una ciencia, pero que también puede usarse de disciplina auxiliar. Ese tipo de ideas siguieron siendo defendidas y difundidas por autores reputados, como Carlos Sáez y Antonio Castillo, para quienes “la paleografía es una ciencia autónoma e interdisciplinar (histórico-filológica) que tiene numerosas ciencias auxiliares y es a su vez auxiliar de muchas otras”<sup>85</sup>.

<sup>82</sup> Remito a las voces del texto en negrita, del DRAE, en <<https://www.rae.es/>>.

<sup>83</sup> Trae a colación a Pierre Vilar la obra del catedrático Francisco GIMENO BLAY: *Las llamadas ciencias auxiliares de la historia ¿errónea interpretación? (consideraciones sobre el método de investigación en Paleografía)*, Zaragoza, Diputación Provincial-Institución Fernando el Católico, 1986, p. 7.

<sup>84</sup> Agustín MILLARES CARLÓ: *Estudios Paleográficos*, Madrid, Imprenta Helénica, 1918, p. 7.

<sup>85</sup> Carlos SÁEZ y Antonio CASTILLO GÓMEZ: «En torno al concepto de paleografía», *Indagación: Revista de historia y arte*, 1 (1995), p. 181; todo en las pp. 181-201. También, sobre esa ambivalencia de disciplina auxiliar y ciencia autónoma de la paleografía, véase María Teresa Carrasco Lazareno et alii, «Nociones generales», en Juan Carlos Galende Díaz et alii (coords.): *Paleografía y escritura hispánica*, Madrid, Editorial Síntesis, 2016, p. 20, donde asimismo abordan un estudio historiográfico desde el paso del concepto de la paleografía como ciencia auxiliar a autónoma, en general en las pp. 13-21.

Es sensato y lógico afirmar que todas las ciencias autónomas pueden ser usadas como auxiliares. Para entender algo tan sencillo es preciso comprender dos ideas pero sin mezclarlas como algunos hacen. Una idea es que una ciencia pueda estar al servicio auxiliar de otras (es un hecho puntual que una ciencia pueda usar los servicios de otra de forma subsidiaria). Sin embargo, la otra idea es pensar que cierta ciencia siempre se reduce a ser auxiliar. Es decir, que la disciplina de la historia pueda valerse de la estadística, o la arqueología de la química, no significa que la química exista únicamente como ciencia auxiliar de la arqueología, ni la estadística de la historia. Es injusto despreciar la materia ajena rebajando alguna de esas ciencias sin argumentos de peso, valiéndose de los mismos mecanismos de que se vale una leyenda. Es acientífico que algunas personas, subidas a un púlpito imaginariamente superior, pretendan minusvalorar el peso de la paleografía y otras materias, por desconocimiento, ignorancia o conveniencia.

Es importante preguntarse de dónde surge la idea de que las ciencias historiográficas eran auxiliares. Desde hace algunos años, según el catedrático de paleografía Gimeno Blay, diversos países de la Europa Occidental pusieron “énfasis en demostrar que la paleografía era una ciencia auxiliar para preparar el camino de la investigación histórica”, lo que refrendaron autores famosos como el ya citado Pierre Vilar. Desde entonces comenzaron a aparecer los términos de ciencias auxiliares en Francia, Italia o Alemania, arrastrando falsas concepciones pasadas<sup>86</sup>.

Sin embargo, desde hace aún más años, cientos de ellos, ya la paleografía y otras disciplinas eran consideradas ciencias en Europa. Así, cuando el catedrático Ángel Riesco Terrero criticaba la monserga del “clásico y machaconamente repetido de *ciencias y materias auxiliares de la historia*”<sup>87</sup>, recordaba que precisamente esas ciencias conformaban “todas aquellas asignaturas que ya, desde los siglos XVIII-XIX se consideraban en toda Europa indispensables y básicas para la formación de los futuros historiadores y filólogos, especialmente para el personal de archivos, bibliotecas y museos”<sup>88</sup>.

---

<sup>86</sup> F. GIMENO BLAY: *Las llamadas ciencias auxiliares...*, op. cit., citas y frases casi parafraseadas de p. 7. Pese a lo puntual que es esta cita, todo el libro es esencial al respecto, pues apunta ideas tales como abrir la posibilidad de «conocer el periodo de nacimiento de la paleografía-diplomática» en los «traslados y copias de documentos hechos por los notarios medievales», p. 33. Supongo, además, que a la visión auxiliar de la paleografía se sumó la corriente historiográfica que decidía qué temas eran importantes y cuáles no, sin ser conscientes de su tendenciosidad ideológica, incluso en el hecho de escoger un tema de estudio. Así, sin comprender que la historia de la escritura era relevante, destacaban la importancia de materias de raigambre tradicionalista como la política nacionalista, tema que por cierto cultivó el citado Pierre Vilar. Por muy meritorios que fuesen sus trabajos, en esencia entiendo que desconocía tanto la envergadura científica de la paleografía como lo importante que es la historia de la escritura para el pasado de la humanidad.

<sup>87</sup> Ángel RIESCO TERRERO: «La paleografía y la diplomática: dos disciplinas con personalidad y autonomía propias y de interés científico cultural, principalmente para las ramas de letras, ciencias de la documentación e información archivística», *Hidalguía*, 274-275 (1999), p. 370; todo en las pp. 369-416.

<sup>88</sup> A. RIESCO TERRERO: «La paleografía y la diplomática: dos disciplinas...», op. cit., p. 370. Para saber sobre los orígenes de la disciplina, véase, entre otros, F. GIMENO BLAY: *Las llamadas ciencias auxiliares...*, op. cit., o José Manuel RUIZ ASENCIO: «Los orígenes de la diplomática y la paleografía como ciencia: Mabillon y el Nouveau Traité», *Boletín de la Sociedad Española de Ciencias y Técnicas Historiográficas*, 3 (2005), pp. 15-34.

Riesco subrayó la importancia de la paleografía –y la diplomática, por cierto–, “con personalidad propia, autonomía, carácter científico, campos y métodos peculiares”<sup>89</sup>. Esas son ideas que retrató en varios foros hace ya más de 20 años. Es triste confirmar que esa situación se perpetúa hoy día, tal como criticó, aduciendo que:

resulta fuera de lugar, muy poco serio y nada universitario que cultivadores y especialistas de cualquiera de estos saberes, reivindicando a ultranza su autonomía y carácter autóctono de la parcela que cultivan y a la que atribuyen no sólo la categoría de “ciencia”, sino de “ciencia para la ciencia” o “metaciencia” se permitan [...] considerar y llamar, bien por desconocimiento o por desprecio, bien por razones circunstanciales de tipo político, profesional, etc., “ciencias auxiliares y de segundo orden” o, simplemente, conocimientos eruditos, a ciencias y saberes acreditados y consolidados científicamente hace varios siglos, y admitidos oficialmente en los planes de estudios de distintas academias nacionales y extranjeras, en escuelas superiores y facultades universitarias en calidad de estudios y especialidades de rango superior [...]”<sup>90</sup>.

¿Qué puede justificar que esa situación continúe dándose, que sigan tildando injustamente de *auxiliares* a ciencias autónomas como la paleografía? Mi reflexión al respecto es triste, tanto como las circunstancias que me han hecho llegar a ella. Empero, considero necesario compartir mi pensamiento, dado que quienes formamos parte de la universidad debemos deliberar para intentar mejorarla. Para explicarme, imaginemos; imaginemos que un *colega* desprecia mi asignatura de paleografía, porque como *dice* que es *auxiliar*, piensa o deduce que es *inferior*. Si con el tiempo se reducen los puestos de trabajo –como sucede en humanidades<sup>91</sup>–, o hay que elaborar nuevos planes de estudio, ¿qué sucederá? Que el *colega* que considera que la paleografía es auxiliar defenderá que esta desaparezca o se reduzca, frente a otras de su especialidad, que tilde de *superiores*, es decir, de *ciencias autónomas*, y, por tanto, dignas de mantener. ¿Resultado? El mandatario de turno deducirá, por la mera denominación<sup>92</sup>, que una disciplina auxiliar nada tiene que hacer frente a una ciencia autónoma,

<sup>89</sup> A. RIESCO TERRERO: «La paleografía y la diplomática: dos disciplinas...», op. cit., p. 370.

<sup>90</sup> Cerró así la frase: «como sucede con las enseñanzas de paleografía y diplomática, convertidas en cátedras en 1894 con vinculación a la recién creada Escuela Superior de Diplomática de Madrid (aa. 1850-1856)». Traigo esta mención por citar alguna de sus acertadas críticas al respecto, en Ángel RIESCO TERRERO: «La paleografía y diplomática en el marco de los estudios de documentación», *Cuadernos de documentación multimedia* [monográfico del Primer congreso universitario de Ciencias de la documentación], 10 (2000), p. 84; todo en las pp. 79-102.

<sup>91</sup> La recesión de las humanidades ha sido apuntada en numerosas ocasiones, entre otras, por Ana Belén SÁNCHEZ PRIETO: «Paleografía y diplomática, ¿Ciencias de la documentación?», en *Actas del III Congreso de Historia de la Cultura Escrita*, Univ. de Alcalá, Servicio de Publicaciones de la Univ. de Alcalá, 1998, p. 223; todo en las pp. 223-235.

<sup>92</sup> Es muy sencillo. Si se acepta que la paleografía es una disciplina autónoma, de forma automática se asume que es muy importante. No obstante, si se afirma que es auxiliar, directamente se sobreentenderá todo lo contrario, que es

aunque estas designaciones vengan dadas por quienes se autodenominen así, o tachen nuestra ciencia de supletoria, sin aducir razones fundadas en datos fehacientes. Esos hechos son alarmantes, máxime en un contexto donde la situación es menos imaginaria de lo que he planteado. Se agravan los hechos desde que asistimos a contemplar cómo se merman las humanidades a favor de las ciencias puras, que son las de mayor aplicación en el mercado laboral. Todo esto no es nada nuevo<sup>93</sup>, pero es un tema tan extenso que ahora debo obviar, recalcando que de este tipo de situaciones derivan numerosas consecuencias negativas para la especialidad<sup>94</sup>. Por fortuna, aunque en algunos países se haya reducido la enseñanza de paleografía<sup>95</sup>, en otros su demanda está en auge<sup>96</sup>, lo que abre caminos de esperanza.

## Conclusiones

Aunque ordinariamente –desde fuera de la especialidad– la paleografía sea conocida por la visión simplista e incompleta de la herramienta auxiliar que sólo sirve para leer documentos antiguos, y aunque esa utilidad sea esencial por ejemplo para la investigación histórica, la paleografía es mucho más que eso. Es una ciencia cultivada por grandes figuras de renombre en la materia, algunas de cuyas obras se han citado aquí. Por recordar alguna, hace ya más de cien años Agustín Millares aclaró, repleto de sentido común, que la paleografía era una ciencia autónoma, pero que también podía desempeñar funciones de auxiliar<sup>97</sup>, como todas las ciencias, según expliqué.

Si se quiere hablar de paleografía conviene seleccionar bien la fuente de la que se bebe –el autor en este caso–, para así basarse en aportaciones científicas atendiendo a las últimas teorías historiográficas, a fin de evitar la propensión anacrónica de seguir tendencias obsoletas o acientíficas.

prescindible. Así lo indicaría su nombre, como su propio nombre indica, como el subalterno que ha de seguir las instrucciones del médico, sólo autorizado para trabajos mejores.

<sup>93</sup> Parece más bien generalizado desde hace varias décadas. Así, Ángel Canellas, cuando ya era catedrático jubilado de paleografía de la Universidad de Zaragoza, allá por los años noventa del siglo pasado, reclamaba que los universitarios asistían a centros donde se impartía la disciplina paleográfica, pero que «en recientes convocatorias a plazas de funcionarios facultativos de archivos, se ignora olímpicamente la disciplina, herramienta sustancial de esta profesión», según testimonió Á. CANELLAS LÓPEZ: «Estado actual de la paleografía...», op. cit., p. 405. Desde entonces, la situación ha empeorado en el terreno de las oposiciones, pues se ha reducido enormemente los temas y ejercicios de paleografía.

<sup>94</sup> Por ejemplo, sería muy difícil (por ahora me ha resultado imposible) que desde las altas instancias considerasen importante dotar de un espacio entre los laboratorios de una facultad para practicar algo tan innovador e interdisciplinar como la paleografía experimental. Respecto a este proyecto, por ahora sólo teórico pero ya ideado, véase L. ZOZAYA-MONTES: «Paleografía experimental»,... op. cit.

<sup>95</sup> L. ZOZAYA-MONTES: «La enseñanza de paleografía...», op. cit.

<sup>96</sup> En Brasil hay una demanda creciente, dentro y fuera de las universidades, según Leonardo LENNERTZ MARCOTULIO y Vanessa MARTINS DO MONTE: «Algumas notas sobre o ensino de paleografia no Brasil», *Investigación bibliotecológica*, vol. 35, núm. 87 (2021) p. 59, todo en las pp. 57-84.

<sup>97</sup> A. MILLARES CARLÓ: *Estudios Paleográficos...*, op. cit., p. 7.

Decir, sin base científica, que la paleografía se reduce a una disciplina auxiliar de la historia o la filología es una acción injusta que pretende, de forma directa o indirecta y consciente o inconsciente, restar importancia a una disciplina con una gran andadura académica, que tanto predicamento tuvo, pero que hoy tiene el espacio mermado en la universidad y otras entidades, a costa generalmente de que lo ganen otras materias.

Esperemos que viren las tornas para que en los próximos años vuelva a destacar la paleografía con luz propia. El contexto está abonado para ello, dado que las instituciones culturales más importantes del mundo cada vez digitalizan y difunden gratuitamente mayor número de documentos, lo que inunda las redes y llama al gran público a interesarse por la documentación antigua. El problema es que las inmensas posibilidades de análisis de la paleografía siguen aún en el terreno elitista de la ciencia, sin que logren llegar al gran público, que suele seguir pensando que la paleografía se reduce a leer manuscritos antiguos, y, con suerte, a transcribirlos.

Esperemos que cada vez más voces respeten la paleografía y entiendan que esta especialidad tiene mucho que aportar, en un contexto mundial que necesita entender que es preciso volver a cultivar más las humanidades. Resulta esencial estudiar científicamente tanto la propia historia en general, como, por supuesto, la paleografía y la historia de la escritura en todas sus facetas y especialidades. Con análisis rigurosos e integrales al respecto, a ser posible interdisciplinares, esperemos que la paleografía recobre el importante lugar que ostentó en el pasado, que es el que debería corresponderle en el futuro.